

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 88 - Julio de 2017 - Distribución gratuita | www.universo centro.com



8

Los calzones de Emma, de María, de Manuela...

10

Veintiocho muertos

14

1.83

18

La granja de los animales

22

Cola de cerdo

24

Tres tristes papayazos

28

Una criatura extraña



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

- Juan Fernando Ospina

EDITOR

- Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

- Fernando Mora Meléndez

- David Capataz Guzmán

- Andrés Delgado

- Anamaría Bedoya

- María Isabel Naranjo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

- Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

- Erika, Didier y Gustavo

CORRECCIÓN

- Gloria Mandamás Estrada

ASISTENTE

- Sandra Barrientos

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 88 - Julio 2017

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Pleitos de pacotilla

El truco es viejo. Tanto que ha dejado de ser truco para convertirse en costumbre. Se trata de agitar el trapo verde y blanco, de fungir de abanderado para la foto. En Antioquia, cuando se quiere apelar al apoyo ciego, arrear el rebaño, hacer que todos repitan el coro, firmen la planilla o cierren filas, basta con cantar el himno y señalar algún enemigo de la "raza". Y si es en vísperas de Feria de Flores, pues mejor, el guaro es el pasante perfecto para las fiebres del regionalismo.

Luis Pérez y Álvaro Uribe han comenzado una nueva campaña de "antioqueñidad", vuelve el naípe falso en el carriel. El primero por simple incapacidad administrativa, por su debilidad para hacer algo distinto a los negocios propios y a la política más primitiva. Es seguro que se le recordará como el gobernador fronterizo. El segundo por su acostumbrada exasperación, por física furia, y por los males que le produce la altura bogotana y la lana de los capitalinos. La última gresca del expresidente comenzó por unos chistes sobre la "República de Antioquia". Se sabe que Uribe no puede entender ni soportar ni repetir un chiste. Es un trovador que responde a machete la risueña burla de su contrincante. Deberíamos estar curados de ese complejo de autenticidad y gallardía, de ese orgullo bilioso y mal encarado, pero al parecer son taras viejas que tendremos que soportar durante años.

El tropel recuerda algunos episodios entre ilustres de Medellín y Bogotá, peleas divertidas, ya rancias en libros y revistas, y que por reflejo delatan las tonterías de las actuales. En 1934 Germán Arciniegas, ensayista e historiador bogotano, visitó a Medellín con la idea de dictar algunas charlas en el Parainfno. El evento terminó en una disputa entre partidista y regional. Antioquia estuvo a punto de llamar a consultas a su embajador en la capital. Ricardo Olano, industrial de la Villa, recuerda las reñidas conferencias: "El señor Arciniegas se confió a sí mismo la misión de sacar a esta pobre Antioquia del oscurantismo que la agobia y determinó enseñarnos las doctrinas de Karl Marx, en un cursillo de 'sociología' que comenzó a dictar en la Universidad de Antioquia. El señor rector de la universidad a la segunda conferencia retiró el permiso para seguir diciéndolas allí por considerar que el 'cursillo' iba contra la religión, la constitución y los estatutos de la universidad". Vino la protesta de los liberales y Arciniegas continuó su cátedra en la Sociedad de Mejoras Públicas a instancias de una distinguida señora Santamaría dotada de un caltre menos obtuso. Siguieron las conferencias y la batalla de rigor: "Arciniegas nos trató a todos de gazmoños; dijo que

los hombres de Antioquia éramos ignorantes y que deberíamos confiar nuestra dirección espiritual a las mujeres. Citó, para ridiculizarnos, el anticuado tema de los hombres del 'marco de la plaza'. En fin, vació toda su bilis contra Antioquia". Vale aclarar que no fue tildado de violador, solo se señalaron sus aires de eminencia de 34 años.

Es menos ridículo cuando las gazaperas regionales no incluyen a los políticos oportunistas. En su momento Fernando González también cargó contra la prensa bogotana, no por sus costumbres cocteleras y su gusto por el whisky, sino por su lealtad al gobierno de turno: "...no odiamos a los periodistas bogotanos en cuanto individuos; más bien los amamos, por ser tipos curiosos para el observador; casi únicos". Y luego de declarar su cariño por esos especímenes los culpaba de corromper a la juventud, arrodillar a los congresistas, amparar al gobierno de Carlos E. Restrepo, lambar a Olaya Herrera y abanicar a López Pumarejo. Para terminar, les daba una bonita despedida a los Santos y a los Cano: "...a los infiernos esos cabrones". Aunque se disculpaba con don Fidel.

No se hacían menos ofensas desde Bogotá. Klim, burlón de oficio a quien alcanzaron a retar a duelo por sus precisos apodos, osó meterse con el sagrado maná de todas las mesas paisas: "El éxito de los antioqueños consistía en que, a cada mañana y tarde, con el desayuno, el almuerzo, la comida y la cena, se comían una o dos bolas de billar modificadas. Dios sabe por qué extraño procedimiento". Tratar así a las arepas redondas hizo que en su momento se movieran las tropas de Rionegro hasta las orillas de Villeta y Guaduas. Y alias Klim fue condenado al oprobio en los carteles antioqueños de la época.

Queda invitar a los lanudos con las palabras amables del cronista santandereano Jaime Barrera Parra, adoptivo de la Villa, para olvidar tanto drama y tanta bilis: "Universitario capitalino que andas literalmente deshecho de trescientas psicopatías, roído por unas amarguras traducidas del inglés, del francés y del italiano, víctima de un universo sarcástico que no conoces, vente a mi balcón del Hotel Europa. Todo esto que ves: los árboles, el agua, las mujeres, el cielo, se han hecho para reedificarte. Si la neurastenia de Medellín se cura con Arrancaplumas, fatiga de Bogotá se disuelve en la 'Quebrada Arriba'".

La solemnidad es ya un fardo muy pesado, y cuando se le añade la pugnacidad y la falsa indignación se hace insoportable. Pero si además es una impostura de políticos que usan el amor legítimo a las montañas y las montañas para sus intereses electorales, pasa a ser una farsa insoportable, un sainete de poncho que solo merece nuevas burlas. ☺

El doctor Basuco



por JUAN GUILLERMO VALDERRAMA SANTAMARÍA

Abelardo, o el doctor Basuco, remoque con el que lo llamábamos a sus espaldas, fue por varias décadas el mejor médico de la comuna nororiental. Y digo "fue" porque ahora, a sus casi setenta años, después de dos trombosis, para moverse depende de las dos ruedas de su silla, de las manos generosas de su empleada y de las caritativas visitas de los Sisquiarco, familiares lejanos, que, paradójicamente, viven a escasos metros de su casa, y ahora son los más cercanos.

Hace mucho tiempo, después de separarse de su mujer e hijos, se devolvió a su casa natal, la cual heredó de su padre, Abelardo, y de su madre, Eloísa. Historia de amor que sucedía paralela a la de Francia, pero noventa años después, con homónimos personajes y en las empinadas calles de Aranjuez; un barrio que en esa época se podía dar el lujo de albergar dicha novela y otras más, puesto que era lugar de respiro para algunos ricos de Medellín, quienes tenían en sus terrenos las casas de veraneo.

Entrar hoy en aquella casaquinta es meterse en un museo bien conservado, en una tienda de antigüedades, en la nostalgia que encierran sus tapias, en la historia criolla de Abelardo y Eloísa; en esa acuarela que los inmortalizó de jóvenes y da la bienvenida en la sala principal. En las gemelas de mimbre que se fueron quedando inmóviles, primero la de él, años más tarde la de ella. En los dos títulos de médico, otorgados por la Universidad de Antioquia, uno al lado del otro en el consultorio y enmarcados en moldura recubierta con laminilla de plata y oro. En las descoloridas pinturas colgadas en cada pared, en los amarillentos portarretratos apilados en las mesitas auxiliares, en cada mueble, en los percutidos manteles y carpetas de croché, en los descascarados plafones moldurados en yeso, en las arañas de cristal que cuelgan del techo de bahareque, en las ventanas de madera, en los interruptores de cobre, en la cortina con flores que trata de esconder el lavamanos de peltre, la bañera de patas, el bidé, en los arabescos que se forman al encontrarse en el corredor las baldosas, en los generosos patios repletos de bifloras y en sus mohosos maderos y oxidados soportes, en el bulto de san Cayetano que custodia la cocina y

en la piedra donde antes se machacaba la carne, en el solar que huele a ruda y a yerbabuena, en la penca sábila que mira con sus raíces al cielo, escondida detrás de los vitrales de la puerta de entrada, o de salida; en todo.

Lo único que no está congelado allí es Abelardo y el pastor de orejas caídas, que muere a la par con él y no lo desampara. Porque hasta el canto del cucú de péndulo se quedó mudo cuando quiso dar las cinco en punto de quién sabe qué día.

Pero antes, mucho antes, lo que ahora en esa casa parece muerto, tuvo vida. No exagero al decir que en el antejardín y las escalinatas que conducen a su antigua puerta tenía diariamente una fila no menor a veinte pálidos parroquianos, llegados de todos los rincones de la ciudad, que esperaban desde antes del amanecer los certeros diagnósticos y las milagrosas fórmulas. Acompañadas, si el paciente lo ameritaba, por las drogas que le llevaban de muestra los visitadores médicos, y todo a cambio del consabido "Dios le pague, médico".

Padre e hijo siempre atendieron en la misma sala de dicho caserón, justamente en la que quedaba encima del garaje, que antes de serlo era el establo para Hipócrates, el caballo de don Abelardo, en el que salía a atender los partos y a visitar a los pacientes que no podían arrimar a su consultorio. Y delante de montura y galeno, abriendo camino, iba el osado y elegante pastor alemán, a quien satíricamente llamaba Einstein. Además, si el equino era requerido, servía de camilla, ambulancia, e incluso penúltimo transporte para algún desdichado moribundo. Los dominicos repartía mercado para los pobres, quienes se agolpaban en su puerta. Costumbres que continuó Abelardo, su hijo, tanto como las del altruismo, la sátira, la de los canes germánicos con nombres judíos: Moisés, Marx, Freud y, el actual, Chucho. Y de igual manera las visitas a los desvalidos, pero en el último modelo de la Dodge, un escarlatá Polara 1500 del 73. Hipócrates fue sacrificado debido a la insoportable artritis que padeció en sus últimos años; el Polara, con el tiempo, se volvió humo.

Mamá, mi abuela, pareció haber entrado en la herencia que le tocó a Abelardo, puesto que, hasta los últimos días de sus cien años, no se dejó auscultar sino por ambos galenos, Abelardo

el Grande y Abelardo el Chiquito, como les llamaba con cariño. Mientras recorrió para qué era el pudor, lo conservó. Cuando falleció el Grande, en muchas ocasiones, invadida por la rabia, al no encontrar al Chiquito en el consultorio, decía la viejita: "Ese médico le sacó lo buen mozo, la inteligencia y las manos al papá. La brutalidad (lo decía por su vicio), esa sí no se sabe a quién se la heredó". Y si, al necesitarlo, Abelardo estaba de parranda, ella mejor esperaba su sobriedad, que dejarse tocar por otro galeno. Es mejor jugarla al marido que al peluquero, al cura o al médico; y remataba: el marido, a lo sumo, sabe la vida de la esposa y no le conviene divulgarla. Esos tres conocen la de todo el barrio y los aledaños. Y una nunca sabe.

Aunque Abelardo me llevaba una diferencia notoria en años y en formación, el alcohol y el basuco, poco a poco, se encargaron de nivelarnos. En su consultorio él era el médico; yo el paciente; en esquinas, extramuros, tiendas, cantinas, burdeles y ollas éramos dos viciosos más. Y hasta podría decirse, en ocasiones, los roles cambiaban: Él era el paciente puesto que cuando me mandaba a comprar su dosis personal debía esperar, con mucha paciencia, a que yo se la trajera... y pagarme.

Él, al igual que yo y muchos otros, fuimos atrapados por el olor acaramelado y los efectos narcóticos y esquizofrénicos de ese demonio disfrazado de ángel, por ese polvo amarillento, seco y amargo, residuo de la cocaína, llamado basuco, que fumábamos revuelto con picadura y a veces en marihuana. Ese que, de gramo en gramo, de aspirada en aspirada, de psicosis en psicosis, de intento de suicidio en intento, nos llevó a ser inquilinos en uno de los rincones del infierno al que ni osa aparecerse a dormir el diablo. Por eso lo alquila. Polvo que cuando por fin algunos pocos logramos abandonar la muerte nos acariciaba el cuello. Y al resto, de uno en uno, ya los había ahorcado.

Al doctor Basuco lo que más le molestaba era que alguien lo llamase drogadicto, y ¡ay! de quien lo señalara de vicioso. Por eso si alguno de sus amigos lo encaraba diciéndole: "Médico, ¿cómo carajos, pues, se le puede llamar entonces a una persona igual a vos que se fuma más de cien basucos en una noche?". A lo que él respondía con sus convincentes

argumentos científicos, invariablemente sustentados; con pausa, bajo la retórica etflica y las adulaciones de sus "pegajosos" contertulios: "Yo soy un usador del basuco, no un abusador. Desde hace un par de años estoy haciendo una investigación para la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia sobre la problemática que genera en el individuo y el colectivo el abuso de las sustancias psicoactivas, y la posible resocialización del ser, primero, en su núcleo familiar y luego, en la sociedad. Además, hacer un muestreo y la cata de diferentes prototipos de la pasta base que se vende en el mercado y así poder analizar sus componentes y la posible manipulación de estos en las diferentes fases del proceso, desde su primer contacto, el campesino, hasta el último, el consumidor. Y no hay una mejor manera de hacer una investigación confiable que sobre el terreno mismo. Por eso el día que termine con dicho estudio finiquitaré de igual forma con el consumo de la pasta base de cocaína, que en definitiva es el único motivo por el cual estoy unido a dicha sustancia".

Treinta años después, sin aún haber concluido su investigación, dos trombosis lo sorprendieron en medio de una rumba científica, dejándolo parapléjico en la soledad del enorme y vacío caserón.

Por el doctor Basuco supe que "basuco" se escribe con s de base de cocaína y no con z de bazuca, como alega la mayoría de los entendidos. Tal vez esto último sea lo único rescatable de la investigación del galeno. ¡Ah!, y la confirmación de que el basuco no respeta ni a los médicos.

Por eso, a pesar de su mal genio, de su tanquecito de oxígeno, de su tartamudez por el EPOC, de su distintivo olor a nicotina debido a los cuatro paquetes de cigarrillo diarios, de la torpeza para hacer rodar su silla, de los ensordecedores ladridos de Chucho y de las múltiples dificultades que padece para escribir sus recetas milagrosas en la vieja Remington, también herencia de don Abelardo, yo lo sigo visitando en su casaquinta del barrio Aranjuez, como amigo y paciente. De cierta manera le debo la vida y, además, soy igual de terco que mi abuela Mamaría. ☺

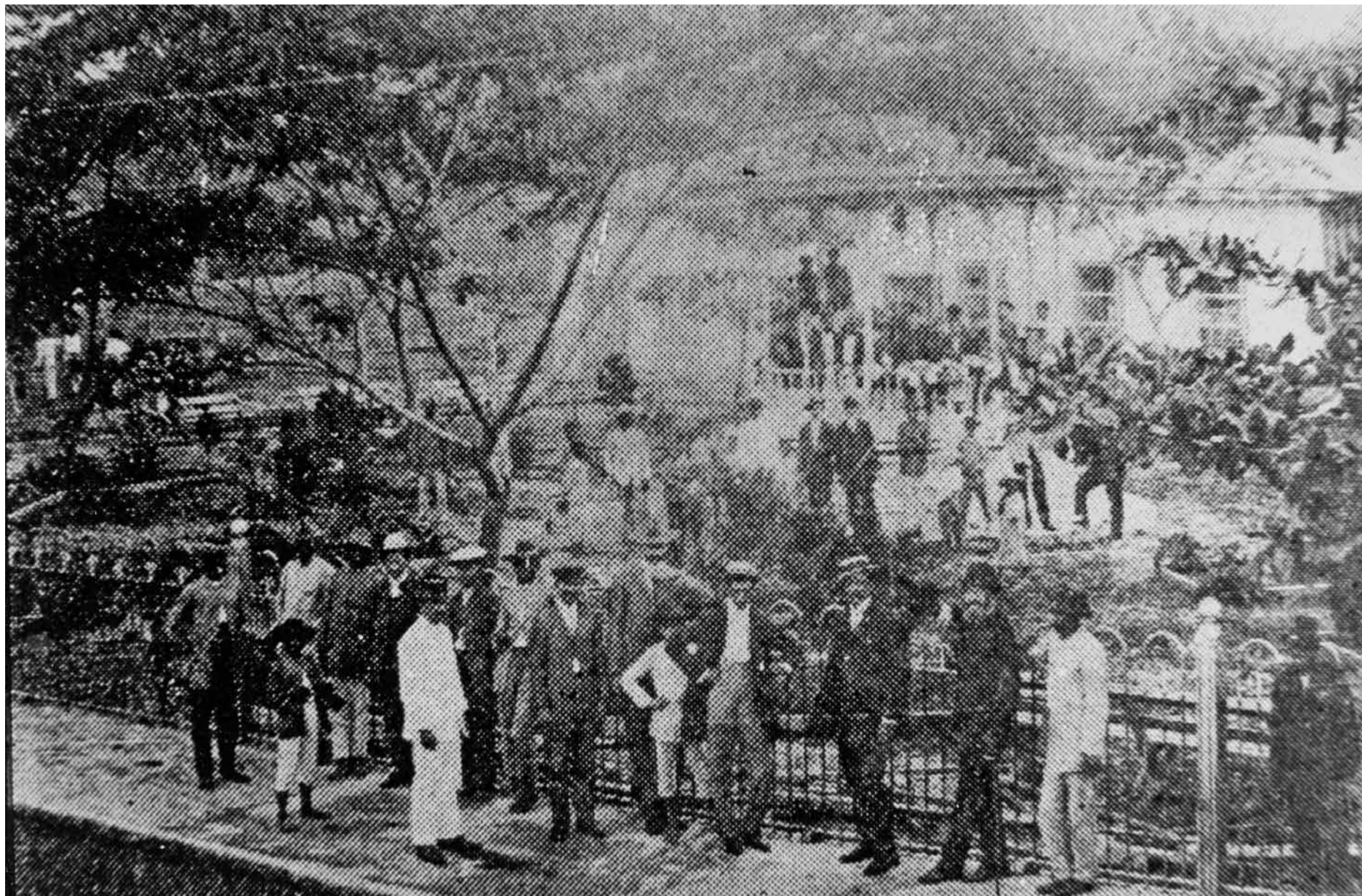
*Tomado de Cuando la felicidad costaba dos pilas Editorial Universidad de Antioquia 2017

W W W . U N I V E R S O C E N T R O . C O M



Quibdó

cosmopolita



Parque de Los Libertadores en 1910, reproducción tomada del *Censo General de la República de Colombia, 1912*.

Esta creer que la ciudad de Quibdó, que asociamos con la desidia estatal, los incendios, el deterioro, la corrupción o la miseria, haya sido, a comienzos del siglo XX, un puerto con vapores de lujo, aserrios, fábricas de bujías, industria de licores, de bebidas gaseosas, cinco hoteles, alumbrado público, escuelas, colegios, bibliotecas, calles asfaltadas, alamedas, cuerpo de bomberos, imprentas, talleres de fotograbado, cines y bares de lujo.

Parece traído de los cabellos decir que, en los tiempos de la primera guerra mundial, tenía un periódico, el *ABC*, que circulaba en dos ediciones, matutina y vespertina; aunque también algunos diarios de Europa y Estados Unidos llegaban en los aviones Junker, de Scadta, que acuatizaban en el río Atrato. En los barcos, procedentes de Cartagena, se traía un sinnúmero de mercancías para los comercios florecientes; en estos se vendían toda clase de finuras importadas, vinos, telas o sombreros canotier. Los archivos de la época muestran que nada del mundo exterior les era ajeno a sus pobladores, ni los objetos materiales ni las ideas, literarias o políticas: el socialismo, las vanguardias artísticas o la arquitectura modernista que alborotaba por los años veinte a las metrópolis europeas.

Varias razones ayudan a explicar el curioso esplendor de un lugar orillero, entre la selva chocoana y las aguas torrentosas de un río. Mientras en el siglo

XIX la tagua y el caucho atrajeron a los comerciantes foráneos, a comienzos del XX fueron el oro y el platino. Sobre todo este último, pues luego de la revolución bolchevique, en Rusia, las minas de este metal dejaron de explotarse en los montes Urales. Entonces se supo que había en villorrio perdido en las selvas de Suramérica, donde había platino como agua. Ansiosos por explorar estas vetas, llegaron colonos ingleses, alemanes, putas y aventureros, pero también un número apreciable de ciudadanos siriolibaneses que se afincaron por esos contornos para fundar industrias, comprar metales, vender enseres y abalorios, o montar flotas de navegación entre Quibdó y Cartagena, por el norte; o hacia Condoto, Istmina o Andagoya, el enclave minero, por el sur.

A pesar de que en las primeras décadas del veinte, desde el gobierno de Rafael Reyes, Chocó era considerado solo una intendencia, con el carácter marginal que este título le imponía, en la práctica estaba más conectado con el mundo que Medellín. Desde el siglo XIX ya había imprenta en Quibdó, y se publicaban periódicos como *Ecos del Atrato* o la revista *Chocó*.

Mientras la red de carreteras y la del ferrocarril apenas comenzaban en el país, los viajes fluviales eran obligatorios para ingresar desde el Caribe al interior, por el Atrato; o para salir, desde los Llanos Orientales hacia el Atlántico, por el río Orinoco.

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Para ilustrar estos contrastes, basta pensar que traer un piano hasta Antioquia implicaba transportarlo por el Magdalena hasta Puerto Berrío, luego en tren hasta el Nare, hacer transbordo en mulas hasta el Nus, y luego retomar los rieles hasta la Villa de la Candelaria. Así, una capital como Medellín era una periferia al lado de Quibdó que tenía el acceso expedito, y albergaba cada vez más gente de toda laya y condición.

Al tiempo que se excavaba la tierra para extraer mineral precioso, la familia Abuchar fundó un ingenio azucarero, el de Sausatá, en el norte de la intendencia, en terrenos que hoy conforman el Parque Nacional de Los Katíos. En la explotación de la caña, se requirió, al comienzo, mano de obra haitiana, luego cubana, además de otros expertos en la zafra.

También desembarcaron carpinteros jamaíquinos llamados chombos, los mismos que habían construido el barrio aledaño a la zona del Canal de Panamá. Sus ciudades de palafitos, con calados que moderaban el calor del trópico, o las normas sanitarias del médico

William Gorgas influenciaron tanto la arquitectura chocoana como las medidas para prevenir las enfermedades tropicales, que ya había probado ese salubrista gringo en la región del istmo.

Con la avanzada de progreso fue inevitable el encuentro de los nativos con la música antillana, con las palabras y los relatos afrocaribes, ingleses y siriolibaneses. Eso explica que la música de un sexteto de Urabá nos evoque de repente los sonos cubanos, o que en el propio Quibdó se celebraran juegos florales, o circulara plata vieja, libras esterlinas, dólares, y hasta la moneda de aluminio que acuñó la familia Abuchar, dueña del ingenio, para mantener el control de sus ganancias en la población de influencia. A este paso, se amasaron grandes fortunas, se crearon entablos de segregación como la zona minera de Condoto e Istmina, pero también, proyectos de una ciudad moderna, como los trazados por el arquitecto catalán Luis Llach.

Llach vino de Europa, se enamoró de Eloísa, una mulata de Quibdó, con ella se casó, sentó sus reales por un

tiempo en la ciudad, e inició un proyecto urbanístico que incluyó la construcción de una iglesia gótica en madera, palacios privados, edificios públicos y el diseño en planos de una urbe con todos las trazas ideales de una metrópoli del gran mundo.

En una foto tomada desde un hidroavión, en 1924, se advierte la Ciudad Jardín, que alcanzó a levantar Llach, para la nueva élite, fruto del mestizaje entre los inmigrantes del Medio Oriente, Europa y los nacidos en el Chocó o Cartagena. Por otro lado, aparecen los suburbios de otros recién llegados como obreros, empleados del gobierno y los nativos del Atrato.

A esta nueva élite, distinta a la esclavista del siglo XIX, el profesor Luis Fernando González la denomina mulatocracia, un nombre que intenta designar no solo la mezcla de etnias sino la irrupción de una modernidad que permitió el encuentro de las hablas locales con el pensamiento universal, el auge de algunas industrias, pero también las mejoras en la educación, un ideario de progreso y hasta el reconocimiento de las identidades. En efecto, fue esa clase ilustrada la que recogió los sonos negros, rescató la poesía vernácula y validó las expresiones del Atrato.

González no niega que los primeros intendentes eran foráneos, pero varios de ellos traían ideas progresistas. El primer administrador del Chocó fue Enrique Palacios, el papá de Eustaquio Palacios, autor de la novela *El alférez real*; el secretario era Benjamín Tejada, padre del célebre cronista Luis Tejada. Ellos, en compañía de un impresor manizalita, Carlos Orrego, crearon un cenáculo para promover sus ideales literarios. Organizaron en 1908 los juegos florales, unos torneos para premiar a los mejores rapsodas. Con sus versos, publicaron luego una antología cuyos detractores no dudaron en tildar de afrancesada.

Una hija del arquitecto Luis Llach, Eloísa, fue coronada en una ocasión como la reina de los estudiantes. En sus últimos años vivía en San José de Costa Rica. Y cuando el profesor González la visitó, ella todavía anhelaba al Quibdó

futurista, en medio de la selva, ese que su padre había ayudado a levantar.

La mujer aún conservaba el álbum con los poemas que le habían dedicado las plumas más calificadas del Chocó. Había fotos suyas, en el furor de su belleza, trepada en una carroza que desfilaba en esa ciudad idílica, cuyos planos utópicos nunca se concretaron. Su madre, Eloísa Castro Torrijos, era de la misma familia de mulatos que luego llegó al poder en Panamá. Entre lágrimas y ensoñaciones describió la ciudad donde había pasado su infancia y parte de su adolescencia. “Era la ciudad más linda del mundo”, le dijo al profesor, “y eso que yo he conocido ciudades hermosas, pero ninguna como Quibdó. Tenía casas como palacios, con jardines de orquídeas y otras flores, con alamedas y templetes”. Uno de aquellos templetes era, por cierto, el que su padre construyó en honor a Cesar Conto, héroe radical y poeta, que la historia en ese tiempo exaltaba. En los años treinta, don Luis Llach, de talante andariego, abandonó la ciudad con su familia para regresar a San José, donde está enterrado. De su obra, en el Barrio Norte, perduran escasos vestigios.

Muchos edificios públicos, como el Colegio Carrasquilla, la Escuela Modelo, la Prefectura, la Alameda Istmina, fueron obras diseñadas por Luis Llach, pero promovidas por la mulatocracia, de la que hacían parte las familias siriolibanesas, como los Meluk, los Uecher, los Rumié o los Abuchar. Estos inmigrantes llegaron hacia 1880 y ganaron espacio en la sociedad, no solo apoyando las obras sino despertando el interés por las culturas del Atrato y manteniendo las mejores relaciones con el poder político y religioso. Su afán de convertir la ciudad en una urbe moderna se evidencia en los anuncios del periódico *ABC*. En él se pregonan desde automóviles con “choferes cultos y complacencia con los clientes” hasta viajes por el vapor Sautatá, “seguro y rápido, que ha sido dotado recientemente de amplios camarotes y de todo género de comodidades, y cuya capacidad transportadora es de 150

toneladas”. Aun así, desde su llegada, los siriolibaneses sintieron el estigma de la prensa y de la gente del común que los llamaba turcos.

Como parte de esa élite se considera al grupo de familias cartageneras que migraron al Chocó para buscar fortuna en distintos oficios. Uno de los más recordados descendientes fue el escritor Reinaldo Valencia Rey. Su nombre aparece en el cabezote de *ABC* como propietario del diario, aunque es además, un animador cultural. A juzgar por los textos que publicaba: noticias, crónicas, poemas, se entiende el interés por poner a Quibdó en la onda de la actualidad mundial, tanto de lo que llegaba por el río o el telégrafo, como de las corrientes literarias que estaban en boga. Un lector desprevenido esperaría que en las páginas de la revista *Chocónia* solo se encontrara poesía costumbrista, nunca textos surrealistas al lado de artículos socialistas de María Cano, Víctor Raúl Haya de la Torre, o ensayos etnográficos de Rogelio Velázquez, pionero de la antropología en Colombia, así como de pensadores antioqueños radicados en el Chocó. También la voz de los jóvenes intelectuales negros, como la de Diego Luis Córdoba tiene un lugar allí. Sorprende el barniz contemporáneo de las publicaciones, además de su tolerancia con autores de miradas opuestas sobre los mismos asuntos. Hasta el nombre de la revista, *Chocónia*, ya parece reflejar la rica mezcla étnica y cultural de la región.

Alrededor de estas publicaciones se crearon tertulias famosas como el Ciempiés, liderada por el intelectual siriochocoano Alfonso Meluk, quien también hizo parte del grupo Los Trabajadores. En aquellas cofradías se discutían las novedades literarias y se leían manuscritos. Cuando el sopor de la selva se replegaba, al final de la tarde, concurrían a sitios públicos, al aire libre, a la manera de cualquier dandi parisino. En las estampas aparecen junto a la reja de un jardín urbano, vestidos de lino blanco, o con paños ingleses, algo insólito en el trópico; o caminando

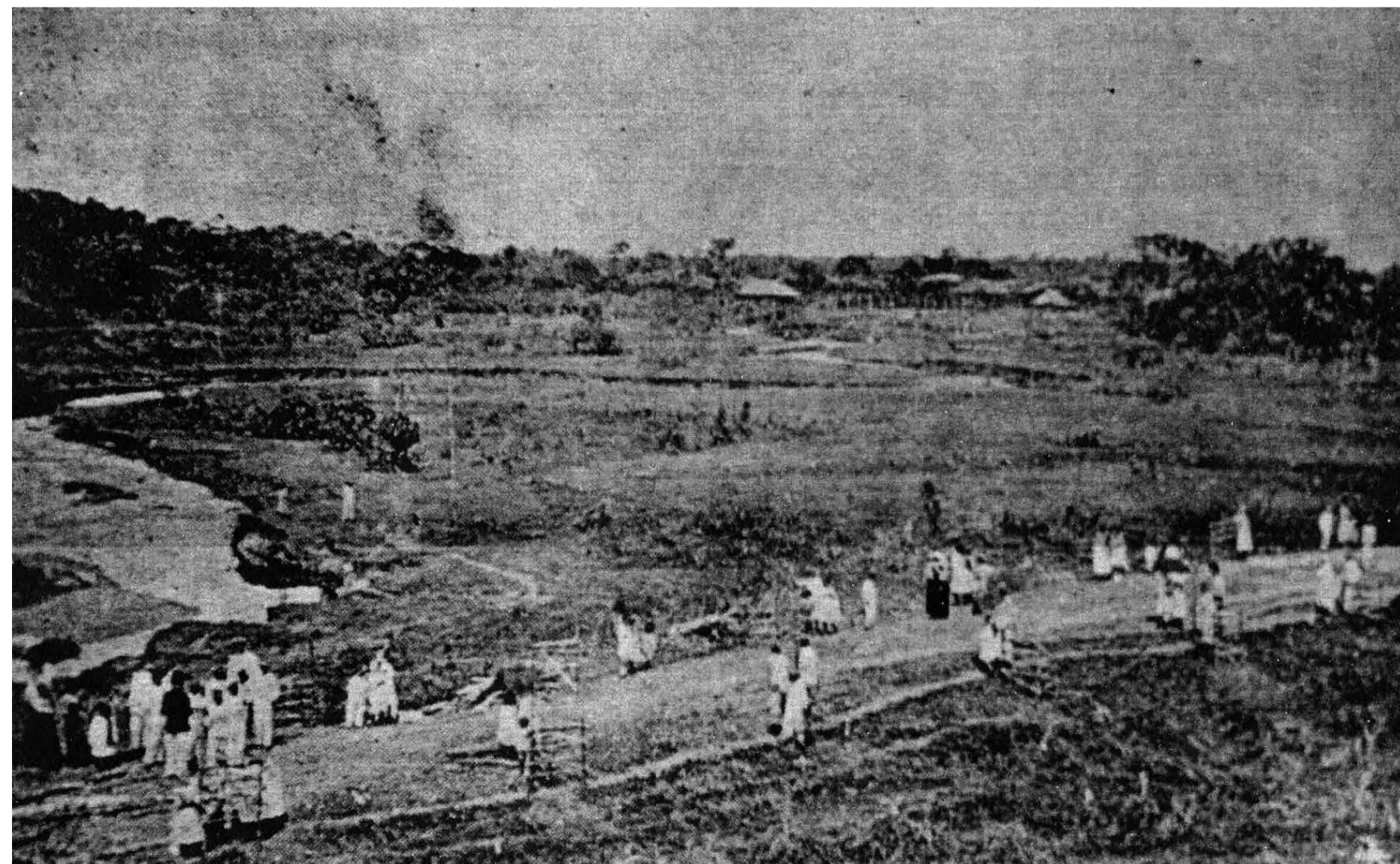
descalzados por la Alameda Reyes donde se sembraría un bosque ordenado, sin el caos hostil de la naturaleza.

Al decir de Alfonso Melo, la selva representaba, en ese momento, lo incivilizado, lo incomprendido, mientras que una alameda es una creación tan ordenada y racional como los jardines de Versalles. Desde ese pensamiento modernista se entiende lo de organizar, por ejemplo, la Marcha del Árbol, en 1919, en pleno corazón de la selva.

En sus relatos, los miembros de esta élite mulata relatan sus periplos desde Nueva York a Cartagena, o desde Barranquilla hasta Quibdó. Demasiadas cosas revisten la novedad en su travesía, pero, también cuentan los pormenores de la llegada, el asombro de los ribereños ante la descarga de los productos traídos desde lejanos confines. El cemento, por ejemplo, venía de Bélgica, el arroz de Nueva York. Este último, después de que empezó a cultivarse en los pantanos ribereños, se convertiría, con el tiempo, en la base dietaria del lugar, con una denominación de origen: *el arroz clavado*.

En la misma tónica futurista del arquitecto Llach aparece la novela *Quibdó*, de Pedro Sonderéguer, hijo de un ingeniero suizo que había venido con su socio y amigo Ferdinand de Lesseps en el primer viaje exploratorio para la construcción del Canal de Panamá. Aunque Sonderéguer nació en Villanueva, Bolívar, y corre el rumor de que nunca pisó Quibdó, logró concebir una novela urbana, que narra el retorno de un joven, por el Atrato, en un vapor de lujo.

Las descripciones del paisaje, la atmósfera y hasta los diálogos de los personajes, en sus hablas locales, las recreó a partir de las descripciones que le hiciera su amigo Reinaldo Valencia, que antes se mencionó como el hombre de letras y propietario del diario *ABC*. Cierta o no la noticia de que Sonderéguer nunca estuvo en la capital de la intendencia, se le abona la intrépida aventura de fabular el mundo de la élite inmigrante, un barrio bucólico, el Jardín del Norte, donde hay palacios



Día del Árbol. Cerca de 1919. Informe del Prefecto Apostólico del Chocó, Bogotá, Imprenta Nacional, 1924.

y casas solariegas, autos de motor y ferrocarril. El relato, escrito y publicado en Buenos Aires, en 1927, es en el fondo una novela de anticipación, aunque realista, que narra ese sueño de transformación que proyectaba la mulatocracia en clave de ensoñación futurista. Así que, más allá de enjuiciar los aciertos literarios de Sonderéguer, su novela, *Quibdó*, se convierte en una metáfora del anhelo de fundar una urbe cosmopolita a la orilla del Atrato. La idea, como hemos visto, no se aleja para nada de las obras arquitectónicas de Luis Llach en la ciudad, de sus planes urbanísticos o de otra serie de invenciones técnicas e industriales que se instauraron en el Chocó antes que en cualquier otra provincia. No hay que olvidar que su autor era ingeniero como el padre, y detrás de este aparente delirio modernista ya existían de verdad algunos inventos asombrosos como los canales interoceánicos, la telegrafía y otros artilugios, difíciles de pensar en un enclave minero y mercantil como Quibdó.

A propósito, también se evoca en las crónicas el proyecto de Robert White, ingeniero de origen inglés, nacido en Frontino, quien diseñó un sistema de cables aéreos, por encima de la selva, para cruzar de lado a lado el mapa de la intendencia, de un modo similar a como lo hicieran los caldenses de la zona cafetera para acarrear el grano. El trazado y ejecución harían posible en pocos años transportar por el aire el oro y el platino hasta la cuenca del Sinifaná, en Antioquia, y, de vuelta, llevar carbón hacia el Chocó. Proyectos como ese rondaban por las mentes de la época en que Sonderéguer escribió su relato.

Los lectores de la novela *Quibdó* encontrarán que hay solo algunos negros en su trama, pero los pocos que rondan por esas páginas son gente industriosa que remonta su origen y consigue un lugar en la sociedad, a punta de esfuerzos, educación y algún golpe de suerte. Estos personajes se inspiran en seres reales. Se trata de los primeros negros, hijos de comerciantes, venidos de pueblos como Neguá o Tadó, que logran ser aceptados en esa sociedad. Irrumpen con apellidos como Asprilla, Lozano, Córdoba o Caicedo. Varios de ellos se hicieron célebres, como Camilo Mayo Caicedo, al que un padre acomodado mandó a estudiar a Bogotá, y se convirtió en el primer arquitecto negro de la región.

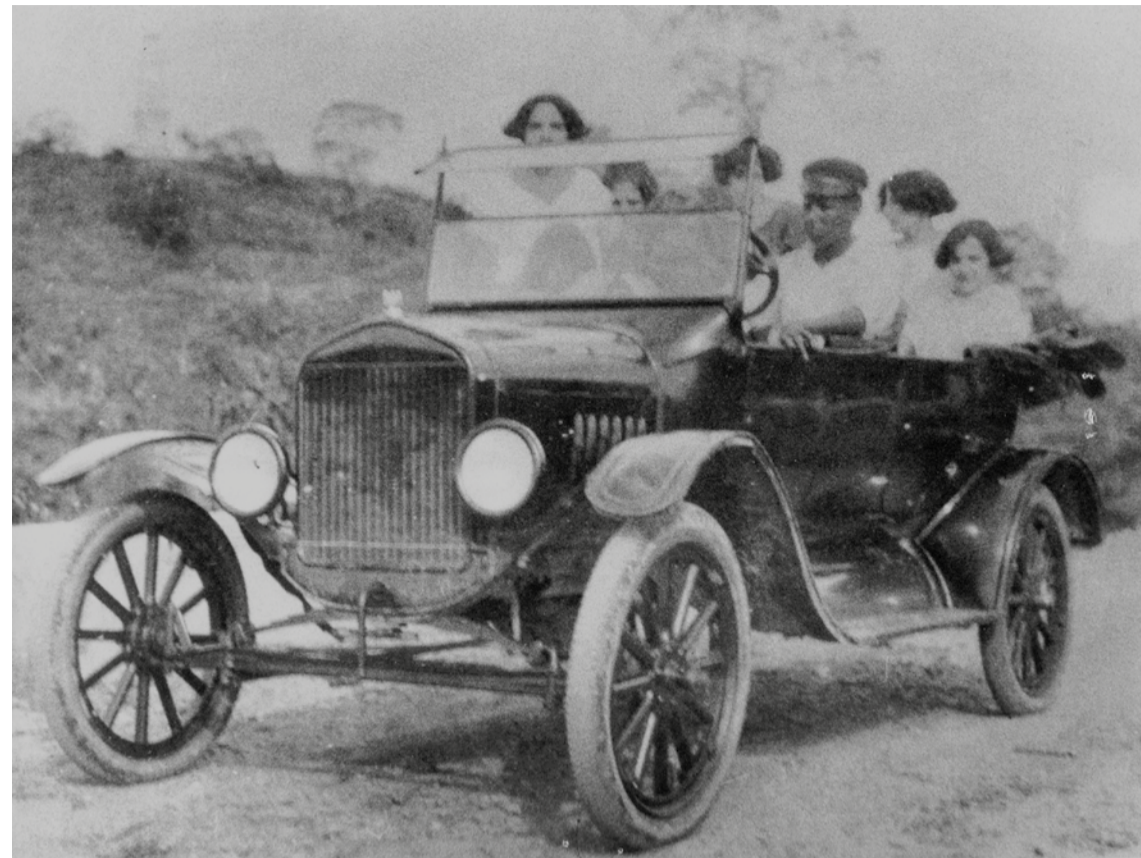
Otros hijos cultos de chochoanos ricos comenzaron a ascender al poder. Tenían dinero, educación y un ideario político basado en los conceptos raciales de la afrodescendencia. Uno de los más memorables, Diego Luis Córdoba, para obtener votos en la región, apeló a la defensa de un credo negro en defensa de sus paisanos. Durante más de una década representó al Chocó en la Cámara de Representantes. En 1947 consiguió que la antigua intendencia se transformara en departamento. Este hecho, que una mayoría leyó como conquista racial, los hijos de inmigrantes y otras etnias de la mulatocracia lo padecieron hasta el exilio.

Ante la insidia y el acoso, Reinaldo Valencia y otros líderes abandonaron la ciudad. Muchos de los siriolibaneses huyeron a Cartagena. A los nuevos gobernantes les tocó educar mal y a la carrera a un grupo sin demasiados proyectos que buscó deshacer de lapo la memoria de la élite mulata, o su ansia de construir una urbe moderna, acaso diversa, pero que, desde el discurso *racialista* de Córdoba, simplemente era la ciudad de los blancos.

En 1968, muchos años después de que los mulatos se largaran, cuando ya no había vapores en el río, ni un dandi vestido de lino ni fiestas florales ni alamedas: un incendio redujo a escombros las joyas que aún quedaban del Quibdó cosmopolita, ese que hoy en las fotos no podemos creer, como si se tratara de otra ficción de Pedro Sonderéguer.

En una carta a su amigo Benjamín Arango, que persistía en Quibdó, en labores de tribunal, Gonzalo Arango recordó los consejos que aquel le dio para seducir a los chochoanos con otra clase de incendios, los de la palabra.

—Oye, bandido, cómo es la cosa en el Chocó, para que te luzcas: primero tienes que hablar bonito del Atrato... de la selva..., de los negros... Diles que son muy inteligentes, qué diablos, eso no te cuesta nada... Luego, le echas un elogio al difunto Diego Luis, que es el ídolo de la negrimenta liberal... Ellos le sacaron el corazón antes de enterrarlo y lo metieron en un frasco, o sea, en una urna de cristal... No olvides eso y verás cómo te aplauden... Y para terminar, dedícale una florecita al doctor Mosquera Garcés, para que los godos no se enojen y no digan mañana que eres un ateo y un comunista... Después de los elogios sí puedes decir todas esas carajadas nadaístas que nadie entiende. Pero eso sí, bandido, nada de blasfemar contra Nuestro Señor y los sacerdotes..., ¿me oyes?".



Paseo en carro por la Alameda Reyes hacia la quebrada El Caraño. Cerca de 1926. Archivo de la familia Martínez Ferrer, Medellín.

A. & T. MELUK

QUIBDO - COLOMBIA

Extenso y renovado surtido de toda clase de mercancías como sedas, encajes, crespones, telas para camisas, zarzas inglesas y americanas; calzado extranjero y del país, para damas caballeros y niños; sombreros, paños ingleses, Palm-Beachs, Aries blancos y de color, cintas, medias de seda y de algodón, etc.etc.

Conservas alimenticias de las mejores fábricas europeas y americanas; vinos franceses, españoles e italianos; y toda clase de licores finos.

Gran surtido de loza fina y de baterías para cocina. Víveres y abarrotes frescos y a los mejores precios de la plaza.

Propietarios del vapor SAUTATA seguro y rápido que ha sido dotado recientemente de amplios camarotes y de todo género de comodidades, y cuya capacidad transportadora es de 150 toneladas.

Socios principales y administradores del INGENIO AZUCARERO, DE SAUTATA uno de los mayores del País con una gran producción de alcohol y del aserrío del mismo nombre, que está en capacidad de suministrar toda la madera que se solicite.

Fabricantes de bebidas gaseosas, de calidad y pureza garantizadas y de las famosas bujías «FLOR DEL CHOCO», premiadas en la exposición de Medellín.

PRECIOS MODICOS Y CONDICIONES VENTAJOSAS

Copra de metales y de toda clase de productos de EXPORTACION

Agentes del vapor «ATRATÓ», uno de los más cómodos y rápidos de cuantos hacen el recorrido de Cartagena a esta ciudad, de la Compañía Colombiana de Tabaco, de los específicos ZENDEJAS y de los famosos productos de los Laboratorios «Urbe Angel» de Medellín, los más grandes y acreditados del país. Hay depósito permanente.

Dirección telegráfica: "MELUK" Códigos: Samper, Lieber's Ed. Mejorada: A. B. C. Sa. Ed. Mej.: Simplex. Standard, Gener Westiera Unión y Bentley's.

Casa comercial A & Meluk, reproducción tomada de la revista *Chocó*, 1928.

corazón comunidad cooperar
compromiso cosechar
construir compartir confianza
comunión compañera
convicción colombia

Nuestra imagen cambia,
 la esencia de nuestro origen se fortalece



www.confiar.coop

Síguenos en:  

cooperativizando
para el bienestar



COOPERATIVA
FINANCIERA



Talleres extraclase

Para niños de 8 a 12 años

¿Cómo se hacen las pinturas?

¿En qué son distintas las familias?

¿Por qué se desbordan los ríos?

¿Por qué existen los colores?

Fecha: Todos los martes de agosto a noviembre
Hora: de 4:30 p.m. a 6:00 p.m.

¡Inscríbete hasta el 1 de agosto!
Inversión: \$130.000

(incluye materiales)

Mayores informes
 Telefono: 2619500 ext. 9695, 8780, 9147
 Oficina Casa 9 | uninos@eafit.edu.co
 www.eafit.edu.co/ninos

 uninos  @UninosEAFIT  UninosEAFIT

 **universidad de los niños EAFIT**
 Vigilada Mineducación

Los calzones de Emma, de María, de Manuela...

por LÍDERMAN VÁSQUEZ

Fue justo en mitad del puente de la calle Colombia, sobre el río Medellín, que miré hacia el Edificio Inteligente, vi el arcoíris y ahí mismo pensé en los calzones de Emma, de María, de Manuela... Girar la cabeza, ver el arcoíris y pensar en los calzones de esas muchachas ocurrió en el mismo instante, como saborear un postre y recibir, mezcladas, la sensación de lo dulce y lo salado. Delicioso. Estuve un rato mirando el arcoíris, una cinta de tenues colores atravesando la curvatura del cielo, perdiéndose detrás de las crestas de las montañas, hasta que pasó una volqueta y dejó una nube de humo y el momento, sin lugar a dudas poético, se desvaneció como se desvanecen los sueños. Volví a girar la cabeza y seguí andando, con la imagen del arcoíris, un recuerdo que se fue borrando mientras cruzaba calles, esperaba el cambio de semáforos, esquivaba motos y tropezaba con otros peatones, con vendedores ambulantes, con putas desde muy temprano paradas en las aceras. En cambio, la imagen de los calzones persistió durante muchos días, calzones de vivos colores, de tenues colores.

Quizá porque los arcoíris son tan delicados, tejidos con una materia tan suave, tan etérea, y se dejan ver de cuando en cuando, como los calzones, que de cuando en cuando, por un descuido, por las travesuras del viento, se muestran, y porque están hechos con las telas más delicadas y cada vez son más diminutos (pueden desaparecer en el puño de una mano como los pañuelos) la visión del arcoíris y la imagen de los calzones fue simultánea.

Hay quienes coleccionan esta prenda femenina, fetichistas irredentos;

otros van por ahí mirando, a la caza de un destello, de un relámpago de tela. Ni colecciono estas diminutas prendas ni tengo en la memoria el recuerdo de estas chicas mostrando sin querer, o queriendo, parte de su intimidad. Tengo, sí, la sospecha de que jamás los usaron.

Mi amigo Luisberto, ingeniero químico, aficionado a la historia y poseedor de un olfato capaz de percibir a distancia los olores más íntimos de las personas; contratado por una multinacional canadiense especializada en la producción de medicamentos contra el mal olor vaginal para oler las vaginas de cientos de mujeres de todos los países, y controlar así la eficacia del producto, estaba de vacaciones por esos días. Le consulté, como aficionado a la historia y no como oler de coños, sobre mis dudas acerca de Emma, María y Manuela. Aseguró no conocer ni haber oído nunca a esas chicas, razón por la cual estaba incapacitado para decir si usaban o no usaban calzones: nunca las he oído, presentémeles, dijo. Le expliqué que lo consultaba por su arraigada afición a la historia; no son chicas reales, son personajes de ficción, heroínas de novelas de la segunda mitad del siglo XIX. Ah... Tomémosnos unos rones, de estas cosas se conversa mejor con algo de alcohol en la sangre, ven, busquemos un sitio, me dijo.

En un modesto café-granero en Florida Nueva, por los lados de la estación Estadio, me confesó que se sentía más reconciliado con su oficio cuando lo llamaban oler de chochas.

—Crecí con la palabra chocha —dijo—; mi abuela, mis hermanas y mis tías decían chocha; en la escuela donde hice la primaria los niños decían chocha; lo de coño es el resultado de leer



Mujer orinando, Boucher. 1760.

novelas traducidas por españoles. Oler de vaginas es como aparezo en los registros de la compañía, es una expresión técnica. De lo otro, aunque no conozco a tus heroínas, algunas francesas según veo, de una cosa estoy seguro: las mujeres de toda el área mediterránea europea, excepto las turcas, nunca usaron calzones; es más, las francesas fueron refractarias a su uso. Se sabe que modistillas, obreras, campesinas, doncellas de servicio y bailarinas, nunca las usaron; Juana de Arco quiso romper con la costumbre y la llevaron a la hoguera ¿Recuerdas el cuadro de Delacroix, *La liberté guidant le peuple*? La mujer, la heroína que guía al pueblo, no lleva calzones. Y yendo más atrás en la historia, a la Grecia Clásica, ni Jantipa, la mujer de Sócrates, ni Aspasia, la mujer de Pericles, llevaban nada debajo del peplo; ¿y recuerdas a Clodia, el gran amor de Catulo que...?

En ese momento pasó una muchacha luciendo unos diminutos cacheteros que dejaban ver el surco de los glúteos, la frontera entre nalgas y muslos. Luisberto la miró, la olió, y aunque iba por la otra acera, emití su veredicto implacable: está menstruando. Aproveché para preguntarle sobre el país donde huelen mejor las mujeres. Las rusas huelen bien, dijo, y las japonesas, pero recuerdo especialmente a una negra de Nueva York, olía a gloria.

—Estábamos en la Grecia Clásica —dijo.

—No, estábamos en Roma, con Clodia y el pobre Catulo.

—Ah... el pobre Catulo. La mujer romana tampoco llevaba nada bajo la túnica, imagínate al pobre Catulo sufriendo por Clodia, que iba por ahí sin calzones, totalmente expedita...

—Si la costumbre de las romanas era ir sin calzones —lo interrumpí—, para Catulo, como para cualquier romano, la preocupación porque sus amadas no los llevarán sería absurda...

—Sí, tienes razón, el problema de Catulo eran los celos, se enamoró de

una mujer que, en algún momento, lo cambió por otro, y la convirtió en casquivana, en Lesbia. Pero volviendo a Francia, a París, a la época de tus heroínas; al mundo real de la época de tus heroínas donde las mujeres resbalaban, caían y ponían al descubierto sus peludas intimidades; hubo nobles ricos, destinados a desposar a mujeres de su misma clase social, que unieron sus vidas a doncellas de servicio solo porque, testigos de un desliz, no pudieron sacar de sus mentes el mullido montículo, el blanco culo, el vientre a lo Tiziano. Se obsesionaron. Y aunque uno de los logros de la revolución, vaya logro, fue imponer a las francesas la mala costumbre inglesa de llevar calzones, estas, y la Iglesia, opusieron una resistencia tenaz. Desde el púlpito, los curas condenaban a burguesas, bailarinas y actrices, que, contraviniendo las viejas costumbres, usaban calzones. Muchos hombres, entre ellos Víctor Hugo, veían con malos ojos, con muy malos ojos, a las mujeres que abandonaban las viejas costumbres. El gran escritor solía acompañar a sus visitas a la puerta, les agradecía por el agradable rato, las piropeaba, las hacía sentir únicas y las instaba a volver, pero que, por favor, no se pusieran calzones. Debí ser fan de La Camargo, la bailarina belga, famosa por sus cortas faldas, por...

—¡La Camargo! —volví a interrumpirlo—, creo que ese nombre aparece en *Los miserables*, relacionado con *monsieur Gillenormand*, el mismo que se lamenta porque desde la revolución todas, hasta las bailarinas, usan calzones. Y sobre los accidentes, los frecuentes resbalones de las mujeres en las calles, el padre de Fantine, siendo joven, “vio un día engancharse el vestido de una doncella de servicio en la rejilla de la chimenea de un gabinete, y se enamoró de ese accidente, de él resultó Fantine”, la bella muchacha que tenía oro y perlas, pero en los cabellos y en los dientes, y para quien ser pobre y bella se convirtió en la mayor de las

desgracias. Si Víctor Hugo no gustaba de los calzones, ¿por qué habría de vestir con ellos a las heroínas de sus novelas? Primer caso resuelto.

Chocamos las copas, brindamos por los siglos pasados, volvimos a chocarlas y Luisberto me deseó suerte con Emma, con María, con Manuela; yo brindé por su nariz, porque siempre hubiera algo sabroso que oler en el mundo, por Margarita Gautier, por madame Rénal, por Amélia, y por todas las heroínas sin calzones del siglo XIX.

Volví a leer *Madame Bovary*. Al comienzo del capítulo doce de la segunda parte, Flaubert le pone calzones a Emma, calzones abiertos; cubrían todo, menos la chocha. Emma es una joven burguesa, infiel, y sabe que los hombres las prefieren expeditas, por eso en sus encuentros con Rodolphe Boulanger, lleva calzones abiertos. No era que tuviera muchos, a lo sumo dos o tres. Los días normales estaba en casa como la señora Homais, como Félicité, la criada, sin calzones. Cuando aún es *mademoiselle* Rouault, la joven de labios carnosos que parte sus cabellos en dos negros aladares, solo lleva enaguas bajo la falda de merino. Uno siente que esa muchacha acodada a la ventana, aunque el narrador no lo dice, tiene un bonito trasero, bien torneado. Flaubert le puso calzones porque iban bien con su condición de burguesa, de mujer liberada. Si viviera hoy a lo mejor andaría sin calzones. Ayer se los ponían, hoy se los quitan.

María, aplastada por toneladas de romanticismo, es un personaje gris, se parece a la virgen del oratorio familiar, usa faldas larguísimas y enaguas. Espesas nubes de castidad la envuelven hasta hacerla opaca. Si uno se zambullera bajo las faldas de María y atravesara las espesas nubes llegaría al cielo donde están el padre, el hijo y el espíritu santo. En cambio, Salomé, la mestiza, es coqueta, se le insinúa a Efraín, sus senos son dos tortolitas inquietas bajo la blusa. Estoy seguro de que una zambullida promete un cielo terrenal, tibio y húmedo, sin calzones. Volver a la novela de Jorge Isaacs fue un poco como escuchar el himno nacional, como volver a escuchar a un maestro con gastritis contar la historia del florero de Llorente, de la Batalla de Boyacá.

Dice Samuel Beckett que ellas vienen iguales y distintas. Con Manuela fue distinto, como leer *María*, siendo esta un personaje secundario y Salomé el personaje principal. Manuela es real porque es una mestiza del pueblo, no vive historias inventadas, vive los días como vienen, lluviosos, soleados, amargos y dulces. Cuando don Demóstenes, un cachaco que fue representante a la Cámara y ahora quiere ser Senador por el Partido Liberal, llega al pueblo con la intención de conseguir votos, se hospeda en casa de Manuela. Como mi objetivo son los calzones de esta chica de diecisiete años, bonita, fresca, de carnes firmes y un aleteo bajo la tela de su vestido, dejaré a un lado las turbias intenciones de don Demóstenes, y les contaré cómo fingiendo ser galante con la muchacha, este intenta convencerla de que las damas deben ir siempre adelante (primero las damas). Falso como el tal Partido Liberal. Lo que él quiere es "...ver caminar a Manuela, que tenía gentileza en su andar, belleza en su cintura y formas, que a favor de su escasa ropa se dejaban percibir como eran, como dios las había hecho". Él, que había vivido en París, sabía de los tropezones, de las caídas, de las damas mostrándolo todo. A lo mejor ansiaba un tropezón de la muchacha, comprobar si era cierto lo que las escasas ropas insinuaban.

De nuestras heroínas leídas, escarbadas, releídas y concluidas, encontré tres calzones abiertos, muchas enaguas y, en alguna, espesas nubes de castidad bajo la falda. Todo empezó porque una mañana, en los tendedores del cielo, las doncellas colgaron calzones de muchos y tenues colores. ☺



Baño íntimo, Jean-François Garneray. Cerca de 1805.



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

3 GRAGEAS 3

Para este cronista, el sudao es plato esencial de la bien o mal llamada cocina paisa. Aunque, ignora uno los motivos, se le ningunea un poco (no tiene la prestancia del sancocho, ni de los frísoles con garra, ni siquiera del sobrevalorado mondongo, receta que ahoga en agua las succulentas promesas de los callos ibéricos). Hasta en los diccionarios de colombianismos —donde lo llaman “sudado”, por famélica mojigatería— se le mira por encima del hombro; uno de ellos se limita a mencionarlo, escuetamente, como “especie de sancocho”. Gordo error; si acaso, podría intentarse ubicarlo en la vasta familia de los estofados, que bien puede presidir el internacional *goulash*, de origen tal vez húngaro, o quizás el añorado *stroganoff*, durante un tiempo presente en los menús de nuestros restaurantes. En muy pocos de ellos sobrevive el sudao, y, aun así, no siempre a la altura de su entrañable sabor casero. Aunque hay otras opciones de carne (muchacho, morrillo, lengua), el más auténtico es tal vez el de posta; posta negra, preparada con rallado de panela. Todavía puedes hallarlo, y no muy lejos de aquí, en algún parador de carretera, de esos tercamente fieles a los sabores de la tierra. Alguien me sopla al oído que hoy mismo está en la carta de un restaurante de El Poblado, disfrazado con otro nombre. Te tendré al tanto, lector, aunque desconfío; porque, según me cuentan, se trata de un establecimiento de muchos tenedores. Mucho para un sudao. ***

Dos libros recientes me ponen de nuevo en la mira al nadaísmo, ese fenómeno elusivo que no debería importarme y sin embargo nunca me deja del todo de su mano. A veces creo entender lo que fue aquello, que vi tan de cerca y tan de lejos, a veces pienso que se me escapa su significado, si alguno tuvo. Pero sí, debí tenerlo, y la prueba es que aún anda por ahí, aún aletea, sin querer explicarnos, coqueto, quién es, quién fue.

El primero de esos libros (los dos bellamente editados por Eafit), es *Cabos sueltos*, justamente de Eduardo Escobar, el penúltimo superstite antioqueño de esa cofradía. Escobar era el más joven del grupo, y llegó a ser el más cercano al mayor, Gonzalo Arango. Arango y Escobar fueron amigos entrañables. Es decir, lo son, porque, citando al benjamín, “la amistad no se acaba con la pantomima muerte”. Más adelante, Escobar parece contradecirse (licencia de poetas): “...Gonzalo Arango ya había muerto por desgracia. Y el nadaísmo se había acabado hace rato”. Ni lo uno ni lo otro; por ahí andan los dos, en olor de santidad. Algo tendrá el agua cuando la bendicen. ***

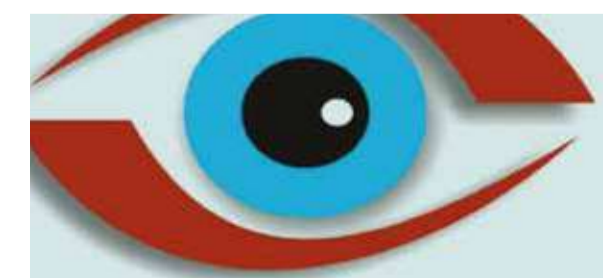
El otro libro se me queda (o casi), en el tintero. Su nombre, *Los poemas de la ofensa: el primer libro del poeta*. Y es una larga entrevista o diálogo de Robinson Quintero Ossa con Jaime Jaramillo Escobar. Quintero elige bien sus preguntas, todas ellas inteligentes, todas ellas pensadas para darle justo lucimiento a Equis, quien no se hace de rogar. Bello libro que invita de una vez a la relectura; fue lo que hizo este lector, y se detuvo al fin en *Mamá negra*. Todavía está ahí.

CODA

De Enrique Vila-Matas, solo para viejos: “...una impresión pasada, un regreso extraordinario, a una sustancia pura de uno mismo, a algo que solo te concierne a ti, que es tuyo por completo y de pronto, más de medio siglo después, lo recobras”. ☺



Baño íntimo, Boucher. 1741.



DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Veintiocho muertos

por SERGIO MESA

Ilustraciones: Tobías Arboleda

“Tengo que contarte la historia del pelao que entregué. Tiene 28 muertos encima”. Fue el saludo de un amigo periodista, Leiderman Ortiz, quien dirige desde hace más de una década el periódico *La Verdad del Pueblo* en Cauca. Ha sufrido dos atentados, la Unidad Nacional de Protección y la Policía hablan de 150 millones de pesos como oferta por su cabeza. La historia, aunque me parecía atractiva, me generaba dudas y extrañeza por la cifra macabra.

Leiderman y el periodista inglés Mathew Charles llegaron a Medellín acompañados del joven y fogueado asesino, alias Chiqui. Para pasar desapercibidos tomaron un bus intermunicipal desde Cauca. En Medellín Leiderman se lo presentó a un fiscal, quien aceptó su entrega luego de que confesara ser el autor de 28 homicidios en Cauca, entre ellos el de un periodista. Buscaba ser incluido en el programa nacional de protección de testigos.

En Medellín, alias Chiqui vivía como un simple mortal. Con la paranoia merecida y la televisión como único antídoto en la pieza de su hotel. Una carta a la Defensoría del Pueblo retrata su situación: “Llegué el 3 de abril de 2016 a Medellín. El primer hotel en donde me hospedé fue el Hotel Country por 3 días, mientras me entrevistaba el fiscal Mauricio Grajales, quien me puso a disposición de la Djin. Luego me trasladé con mi compañera, quien llegó a la semana siguiente, para el hotel Brisas de San Francisco, en el centro, en donde estuvimos 7 meses. Mientras estábamos en el hotel Brisas, en el mes de septiembre, no recuerdo la fecha, fui objeto de seguimientos por parte de unas personas que se movilizaban en un vehículo marca Mazda modelo 323 de color blanco. Desde ese vehículo me tomaron unas fotografías”.

A través de Leiderman pude contactar a Chiqui, quien luego de un par de llamadas me contestó. Le dije que lo llamaba porque me preocupaba su situación, el riesgo que podría correr en Medellín. Conocía su historia y el ambiente en algunos barrios de la ciudad. Entendió que podía ayudarlo y aceptó que nos viéramos. La cita quedó pactada para el día siguiente, sábado 10 de diciembre de 2016, en el Parque del Periodista, Centro de Medellín, un sitio en donde yo creía pasaríamos desapercibidos y él estaría seguro. Eran las diez de la mañana y Chiqui no aparecía. Entonces lo llamé a su celular.

—Aquí estoy junto a la iglesia, no lo veo.

Cuál iglesia, pensé yo, el Periodista puede ser un santuario de humo pero no alcanza a ser iglesia.

—Aquí donde se mantienen los maricas y los travestis.

—Ya sé dónde estás —le dije.

Se refería al Parque Bolívar, a unas cuadras de donde yo estaba. Frente a la Catedral Metropolitana apareció un adolescente que no aparentaba más de dieciocho años. Luego supe que tenía diecinueve cumplidos.

—Hola, ¿usted es Sergio el amigo del periodista?

—Sí, soy yo.

Nos fuimos a desayunar a una cafetería del pasaje Junín, entre La Playa y Maracaibo. Pedimos calentao, huevos revueltos, carne, arepa y chocolate. Encendí la grabadora y comencé con una pregunta para romper el hielo y la calentura.

—¿Cuántos has matado?

—Veintiocho —me dijo sin inmutarse. Le pregunté si no le daba temor bajar al Centro.

—Apenas me estoy acostumbrando a Medellín, yo adonde más vengo es a este parque, con la mujer o solo, porque uno encerrado se aburre mucho, pero no le tengo miedo a nadie. Uno ya conoce los gatos.

Mientras Chiqui saboreaba los huevos revueltos, sorbía el chocolate, trataba de trinchar la carne que acompañaba la bandeja, quise preguntarle de una vez por su primer muerto, pero evité atosigarlo de preguntas. No me pasaba por la cabeza que un muchacho como él, que no tenía ni la estatura ni la apariencia de sicario, hubiera participado en 28 homicidios. Dándole un respiro le pregunté hacía cuánto era parte de la organización que domina el Bajo Cauca, donde hace más de una década se desmovilizaron el Bloque Mineros, al mando de alias Cuco Vanoy, y el Bloque Central Bolívar, al mando de Maceaco. El relato de Chiqui se parece al de muchos jóvenes de Cauca que se debaten entre un futuro como mineros o raspadores.

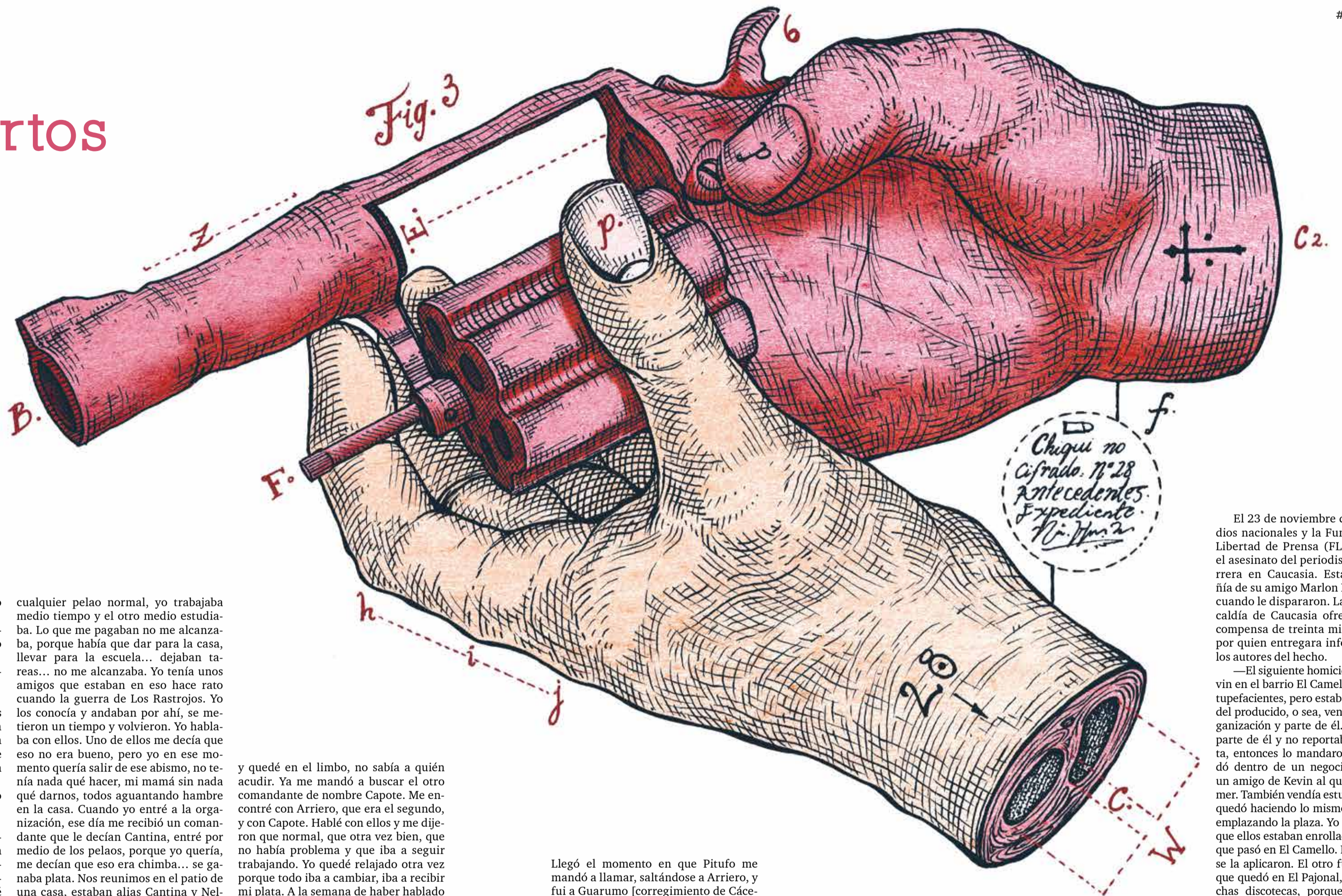
—Yo estoy [en las Autodefensas Gaitanistas de Colombia o Clan del Golfo] desde hace cinco años. Empecé como

cualquier pelao normal, yo trabajaba medio tiempo y el otro medio estudiaba. Lo que me pagaban no me alcanzaba, porque había que dar para la casa, llevar para la escuela... dejaban tareas... no me alcanzaba. Yo tenía unos amigos que estaban en eso hace rato cuando la guerra de Los Rastrojos. Yo los conocía y andaban por ahí, se metieron un tiempo y volvieron. Yo hablaba con ellos. Uno de ellos me decía que eso no era bueno, pero yo en ese momento quería salir de ese abismo, no tenía nada que hacer, mi mamá sin nada que darnos, todos aguantando hambre en la casa. Cuando yo entré a la organización, ese día me recibió un comandante que le decían Cantina, entré por medio de los pelaos, porque yo quería, me decían que eso era chimba... se ganaba plata. Nos reunimos en el patio de una casa, estaban alias Cantina y Nelson. Mi primer sueldo fue de doscientos mil pesos, sin trabajar, sino como un incentivo. Un bono. Ya ahí empecé. Mi primer trabajo fue un 23 de diciembre de 2011, robando motos [en Cauca]. Ahí empecé mi vida delictiva y sí, pa qué, yo estaba bien: en la casa no faltaba la comida, andaba con mi platica y andaba bien, bacaneado, pa qué. Después de un tiempo yo fui reuniendo plata y monté mi propio negocio, compré las herramientas para montar mi cerrajería. Ya a lo último me cogieron y pasé un año en la cárcel. Me capturaron por un homicidio que yo no hice, porque no estuve por ahí. Me pusieron una testigo falsa que me señalara. Un falso positivo. Yo duré un año en la cárcel y me tocó vender mi moto y mis herramientas, quedé en la ruina, porque la organización nunca me ayudó. Me dejó tirado. El abogado Urrutia, que me defendía, me iba a renunciar y me tocó vender la moto y darle la plata. Llegó la última audiencia y gracias a dios él nos sacó, porque a mí me cogieron con otro compañero. Yo nunca había pasado tiempo en una cárcel. Duré como dos meses ahí en la casa relajado. A la semana me encontré con el viejo Roque, que era el jefe máximo que estaba allá. En ese momento me dio cien mil pesos y me dijo: Tranquilo mijo que ya usted va a recibir su platica normal. Yo contento. A los tres días cogieron al viejo

y quedé en el limbo, no sabía a quién acudir. Ya me mandó a buscar el otro comandante de nombre Capote. Me encontré con Arriero, que era el segundo, y con Capote. Hablé con ellos y me dijeron que normal, que otra vez bien, que no había problema y que iba a seguir trabajando. Yo quedé relajado otra vez porque todo iba a cambiar, iba a recibir mi plata. A la semana de haber hablado con ellos cogen a Capote.

El 3 de septiembre de 2015 unidades policiales contra el crimen organizado capturaron a alias Roque, cabecilla urbano de la estructura en el municipio de Cauca, en compañía de alias Wiston, Alexis y Mauricio, acusados de homicidio y porte ilegal de armas, y Geovany el Loco y Aleison, encargados de manejar las finanzas y cometer homicidios selectivos.

—Yo me desmotivé. Como a los quince días me mandó a buscar Arriero. El día que me encontré con él me dio trescientos mil pesos y me quería mandar para Jardín [corregimiento de Cáceres]. Yo le dije, yo pa allá no voy, yo no me quiero ir, a mí no me gusta salir de mi pueblo. Yo aquí en mi pueblo conozco y sé por dónde salir, sé por dónde entrar y quien está aquí y todo. Yo le mandé sus trescientos mil pesos y Arriero quedó bravo conmigo. Ahí quedé pailas. Así duré tres meses, desde que salí de la cárcel. Ya no me entendía con Arriero, sino con Pitufo, que era el tercero. Ellos eran los mandos en ese momento. Yo me reuní varias veces con él en la casa de Teo, un punto [así se le conoce a los informantes] de allá de Cauca. Pitufo me decía que él me quería entrar a la organización porque yo era bueno. Él hablaba, pero no se podía saltar a Arriero que era el segundo y le tenía que comunicar todo.



Llegó el momento en que Pitufo me mandó a llamar, saltándose a Arriero, y fui a Guarumo [corregimiento de Cáceres conocido por tener sitios que sirven como escuela de sicarios]. Allá estaba el que venía de reemplazo como jefe máximo para Cauca, alias Cóndor, quien me explicó las cosas y cómo iba a trabajar. Yo le dije que tranquilo, que yo sabía cómo eran las vueltas. Hablamos y yo me fui para mi casa.

Jair de Jesús Patiño, alias Pitufo, fue capturado en el corregimiento de Guarumo, en Cáceres, el 3 de febrero de 2017. Tenía orden de captura en su contra por los delitos de concierto para delinquir con fines de homicidio, extorsión y tráfico de estupefacientes expedida por el Juzgado Tercero con Funciones de Control de Garantías Ambulante de Antioquia. Alias Cóndor fue capturado el 16 de abril de 2016 en un operativo en el cual también cayó alias Arriero, a quien le sería impuesta medida de aseguramiento con detención domiciliaria en el municipio de Tarazá.

—Mi primer trabajo pesado fue en noviembre [22] de 2015. Fue el homicidio de un pelao al que le decían Buchepava, robaba mucho y no lo habían podido coger, un robamos, que maté en Villa Arabia, pero no me acuerdo muy bien. Con la Fiscalía he estado trabajando y cuando los recuerdo nos anoto. El segundo homicidio fue el 23 de noviembre, que fue el de Dorancé. Yo no sabía que ese man era periodista ni nada. Como que me engañaron,

porque donde yo supiera que él era periodista o alguna cosa así yo me echo pa atrás. Como yo estaba recién salido de la cárcel no sabía cómo estaban las cosas. Yo hice ese homicidio y el de Marlon [Faddoul Quiroz], que cayó ahí. Desde ahí hubo mucha polémica por eso en los periódicos, noticias nacionales. A mí quien me mandó buscar fue Pitufo con el Flaco, que fue quien me pilotó [manejó la moto hasta la casa de Dorancé]. Él llegó a mi casa y me dijo, pilas que hay que trabajar, hay que hacer una vuelta. Le dije que listo, que de una, y salimos. Nos fuimos para la casa de Memo, que nos dio una nueve y salimos a hacer la vuelta. Memo salió a buscar a alias la Gata, que nos acompañó en la vuelta. Cuando íbamos llegando al barrio Las Malvinas yo le pasé la nueve a la Gata, y como Memo ya había campaneado, me dijo que Dorancé ya estaba sentado afuera de la casa vestido con una camiseta roja. Yo no me confió y le dije al Flaco que pasáramos a ver si era verdad, porque a veces se mueve y uno no sabe dónde está. Pasamos y yo lo reconocí. Estaba afuera sentado con otro pelao. Memo se hizo a una cuadra, la Gata me pasó el arma, nos devolvimos, el Flaco se le acercó y yo le disparé en varias ocasiones. Dorancé cayó a

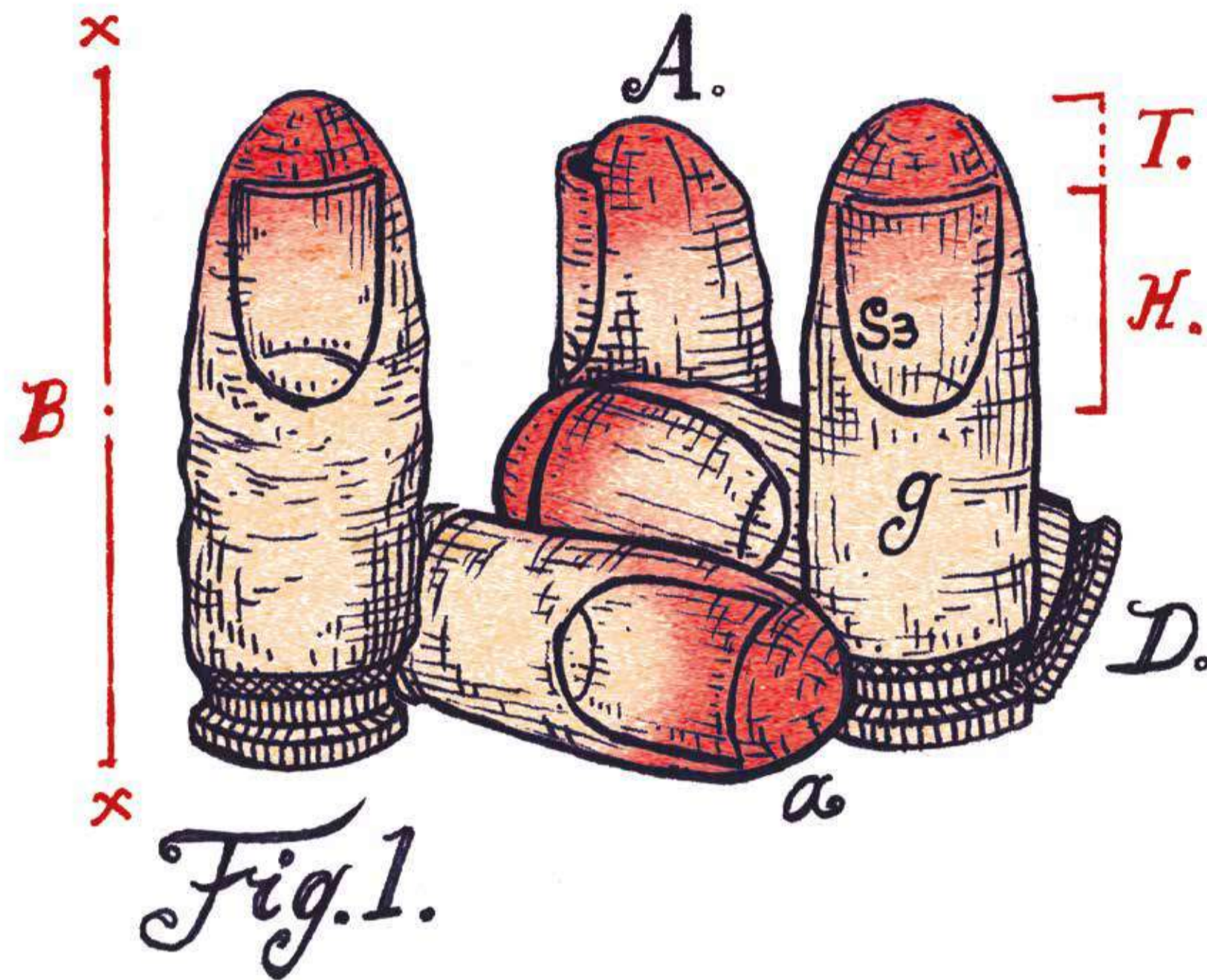
la entrada de un cuarto. Yo me bajé y lo terminé de rematar. Cuando yo iba a salir vi al otro pelao, no lo había visto, que agarró de una mesa un objeto, no recuerdo qué, me lo tiró y yo le hice un disparo para que se asustara y se escondiera. Yo me monto a la moto y normal. A la cuadra le entregamos el arma a la Gata, que estaba con Memo. Ellos se van y nosotros también cogemos nuestro camino. El Flaco me dejó a una cuadra de la casa. A los días fue que me enteré que Marlon también había caído. No supe cuánto mandaron pagar quienes ordenaron el crimen. A mí me pagaban un millón quinientos, independiente de los muertos que fueran y las demás tareas, y a los otros, que también eran sicarios, un millón trescientos. A un punto [campanero] entre setecientos y ochocientos mil pesos. A un jefe de sicarios como Arriero le pagaban como dos millones quinientos mil. Ya de ahí para arriba sigue el jefe máximo, que maneja todo el negocio. Ellos mueven mucha plata.

El 23 de noviembre de 2015 los medios nacionales y la Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP) rechazaron el asesinato del periodista Dorancé Herrera en Cauca. Estaba en compañía de su amigo Marlon Faddoul Quiroz cuando le dispararon. La Policía y la Alcaldía de Cauca ofrecieron una recompensa de treinta millones de pesos por quien entregara información sobre los autores del hecho.

—El siguiente homicidio fue el de Kevin en el barrio El Camello. Él vendía estupefacientes, pero estaba robando parte del producido, o sea, vendiendo de la organización y parte de él. Vendía más de parte de él y no reportaba bastante plata, entonces lo mandaron a pelar. Quedó dentro de un negocio. Después fue un amigo de Kevin al que le decían Diomer. También vendía estupefacientes y se quedó haciendo lo mismo que Kevin, reemplazando la plaza. Yo escuché por ahí que ellos estaban enrollados con un robo que pasó en El Camello. Por eso también se la aplicaron. El otro fue un indigente que quedó en El Pajonal, donde hay muchas discotecas, porque estaba robando mucho... porque cualquier persona se descara robando y hay que darle de baja, porque ya no copia. Hay veces que le avisan, ojo, estás robando mucho, que tales. Siguió Pacho, Francisco se llamaba, que según los jefes estaba rezao y al que no le entraba la bala. Ya varias veces le habían hecho seguimiento y no lo habían cogido. Cuando llegaron por él se desapareció y según cuentas no lo veían. Entonces me dijeron a mí y yo les dije que cómo así, que si ese hijueputa anda robando y por el lado mío y como que no tenía malicia y siguió como si nada. Yo sí lo vi, a mí no se me desapareció y lo cogí a una cuadra. Le hice dos disparos y se los tiré a la barriga, que no le entraron, yo sí pillé. Cuando le hice el tercero le di el polvoreo en el pulmón. Y ya me lo bajé y le metí más de ocho en la cabeza. Hice el trabajo y me monté a la moto, cuando me di cuenta que un policía me hizo un disparo, pero no me dio.

Chiqui empezó a “trabajar” con un revólver 38 corto que usaba y devolvía a sus patrones. Para su último homicidio ya usaba una CZ 75 9 mm que tiene proveedor de doble hilera.

Durante dos horas Chiqui me narró muchos de sus crímenes, resaltando los más recientes: al periodista Dorancé, a Kevin, al indigente, al jibaro, al travesti, al comerciante y a quienes estaban armando plaza aparte de la



organización. Me hablaba mientras los contaba en los dedos de las manos, como desgranando sus diecinueve años. Solo recordaba los trabajos, las señas recibidas de sus víctimas, muy pocas veces sus nombres. También me contó que en abril de 2016 se sintió mamado de dar bala, fue cuando se decidió a buscar al periodista Leiderman.

—Ese man es muy conocido en Caucaasia porque ha bole-teado a media organización, los saca en su periódico con foto y todo, los deja al descubierto. Yo abrí una cuenta de Face-book y le escribí. Y fuimos hablando, hasta que en Medellín él me llevó a la Fiscalía y me presentó ante un fiscal, que me ofreció protección de testigos. Yo quiero una nueva vida, algo mejor, porque yo ya estuve en la cárcel. He confesado todos los 28 y participé aproximadamente en tres más que no los ejecuté, sino que fui de piloto o de campanero.

Acompañé a Chiqui hasta la casa de familia en Manrique que le pagaba el programa de protección de testigos. Allí se hospedó durante más de cinco meses con su novia. Vivían en una pieza en donde tenían una cama, un televisor y les daban lo necesario para su aseo personal. “Lo más difícil es uno no tener un peso con qué comerse un helado”, me dijo en el camino.

En diciembre de 2016, luego de haber recibido un mensaje de periódicos en donde tenía señaladas las fotos y los nombres de sus víctimas. Este es mío, lo denuncié tal periódico... este lo hizo un amigo. En otra libreta tenía los nombres de sus víctimas, los nombres de los sicarios que operan en Caucaasia y algunos nombres de quienes hacen parte de la estructura urbana de los urabeños. En otra página tenía anotados los pines de los dispositivos BlackBerry, a través de los cuales se comunican por chat los jefes, mandos medios y puntos de los poblados urbanos.

—¿Por qué Blackberry habiendo celulares con WhatsApp?

—Porque para ellos es más seguro y no los chuzan, o si los chuzan no identifican quién habla en el chat, porque esa gente del CTI es muy jodida y nos la mantenía al rojo.

Los días siguientes a nuestra charla tuvimos una comunicación muy fluida. Me escribía por el chat del Whatsapp, me preguntaba qué había sabido del programa de protección, que estaba aburrido y que la mujer estaba nerviosa porque habían ido a buscarla a la casa de la mamá en Caucaasia.

Toqué las puertas de la Defensoría del Pueblo donde un amigo abogado se ofreció a escuchar a Chiqui y revisar su caso. El miércoles 14 de diciembre de 2016, a eso de las dos de la tarde, lo acompañé hasta el edificio de la Defensoría. Hablé de su caso y dijo que no sabía si el CTI lo estaba explotando, porque le sacaban información y no lo vinculaban al programa de protección. En la Defensoría redactaron un memorando de urgencia para el director regional.

A mediados de abril de 2017, estando ya en otra ciudad, alias Chiqui reconoció su participación en otro homicidio, su número 29, que dejó como víctima a un comerciante de Caucaasia dueño de una serviteca.

Luego del anuncio de la recompensa de treinta millones de pesos para quien diera información que condujera a la captura de los sicarios que asesinaron Dorancé Herrera y a Marlon Faddoul Quiroz, el periodista Leiderman Ortiz entregó al sicario. Habían pasado seis meses. Hasta mayo de 2017, un año después de Chiqui estar protegido y colaborando con la Fiscalía, la alcaldía de Caucaasia aún no pagaba la recompensa ofrecida. Entre trámites y certificaciones por fin en junio la recompensa fue pagada.

En enero de 2017, luego de pedir auxilio, la Fiscalía lo aceptó en el programa de protección. Está validando el bachillerato. Vive con su novia en un apartamento amoblado, en un conjunto cerrado con piscina. “Aquí aguantando sol a ver si cojo bronceo”, me dijo la última vez que lo llamé. ©



MUSEO
Casa de la Memoria




¡VISÍTANOS!

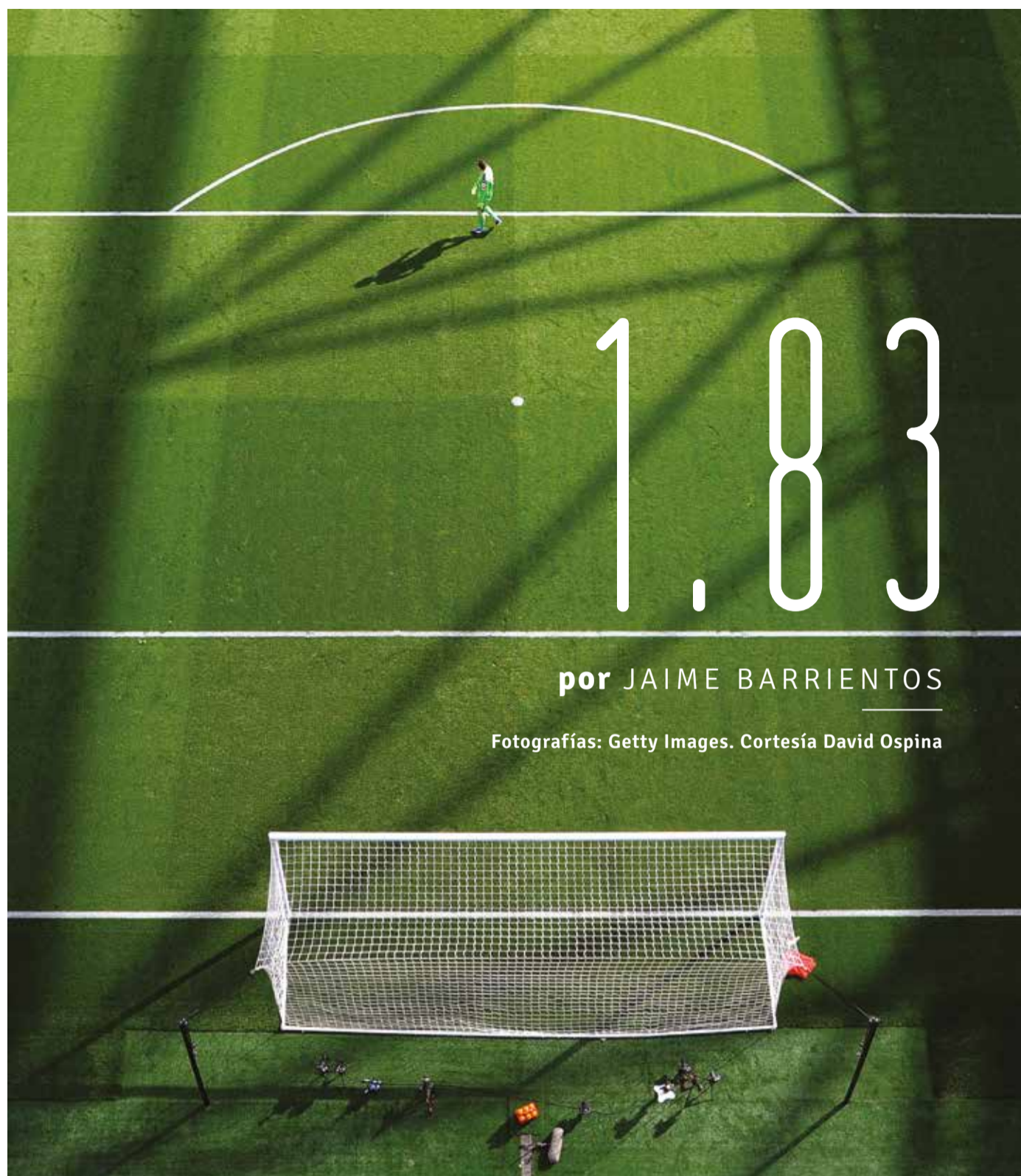
HORARIOS:
Lunes (cerrado)
Martes a viernes: 9 a.m. a 6 p.m.
Sábados y domingos: 10 a.m. a 4 p.m.

www.museocasadelamemoria.gov.co

DIRECCIÓN MUSEO:
Cl 51 # 36-66
Parque Bicentenario - Barrio Boston
TELÉFONO: (4) 385 55 55 ext. 4001

Síguenos en:






¿Cuánto mide? Es lo primero que pregunta un entrenador o un empresario del fútbol cuando le recomiendan a un arquero. La consulta inicial no es sobre su técnica, velocidad, reacción, potencia, personalidad o si por lo menos está bien de los ojos. ¿Un arquero vale lo que mide?

David Ospina Ramírez llegó al Arsenal F.C. para empezar la temporada 2014-2015. Arsene Wenger, director técnico, manager e ideólogo eterno del equipo del norte de Londres, dijo en la rueda de prensa, donde anunciaban la llegada del arquero colombiano, que su gran desempeño en el mundial de Brasil sumado al seguimiento que le había hecho mientras jugó en Niza durante seis temporadas hicieron posible su arribo a uno de los principales clubes del mundo. Era una noticia histórica para el fútbol colombiano. Nunca antes un cancerbero de la tierra de Higuita había sido contratado por un conjunto top de la Premier inglesa. Alguna vez Óscar Córdoba estuvo cerca de firmar con el Arsenal, pero no se concretó, y David González hizo parte de la nómina del Manchester City, pero nunca actuó en la primera

división, aunque sí jugó en la Premier escocesa y en la Championship (torneo de ascenso inglés). Así que era la primera vez que uno de los nuestros tendría la oportunidad de pisar los gramados ingleses defendiendo el arco y con altas probabilidades de ser inicialista.

Gracias a su paso por el fútbol francés, Ospina adquirió nacionalidad gala y no llegó a ocupar plaza de extracomunitario lo que, a pesar de que el Brexit tiene en vilo este beneficio, es una ventaja para competir con los demás arqueros mientras los honorables ingleses deciden si su futuro está dentro o fuera de Europa.

¿Era un logro llegar hasta allá? Por supuesto que sí, pero ahora se venía lo duro, lo realmente importante: ganarse un puesto en el once inicialista. David cuenta que para él fue inesperado pasar del Niza al Arsenal. Era consciente de que la magnitud del salto era al mejor

estilo de Javier Sotomayor, y que para mantenerse en ese nivel no podía tropezar o, como dicen en los camerinos, “no podía dar ventajitas”. Vincho, como le dicen sus familiares y amigos más cercanos, sabía que le esperaba una fuerte competencia con el polaco Wojciech Szczęsny. Apellido igual o más difícil de escribir que la relación que tendría David desde el principio con el joven de 1.95 metros. Este marcó territorio y asumió una actitud distante con el nuevo número 13 del Arsenal, quien siempre estuvo acostumbrado a ambientes de camaradería con sus colegas cancerberos.

Doña Lucía, madre de David, y Jésica, su esposa, coinciden en que dos de sus principales virtudes son la paciencia y la humildad. Cualidades fundamentales para una posición en la que se juega siempre o se es suplente de tiempo completo. Desde Eduardo Niño con René hasta Joao Pinto con Valdés

pueden ratificarlo. Por no hablar de Fabio ‘la Gallina’ Calle, insigne número 12 en Nacional, Millonarios y Medellín, el hombre más condecorado del fútbol colombiano a ras de banco.

David, con su tranquilidad acostumbrada, esa misma que demuestra cuando le saca cabezazos increíbles a Messi o le impide goles a delanteros de la talla de Diego Costa, empezó a remar río arriba en una tierra de gigantes donde la arquera del equipo femenino del Arsenal se veía igual de alta que él. Un país futbolero por tradición, lleno de un periodismo deportivo hostil que lo miraba con desdén y llegó a subestimarlo. La situación no era fácil, David llegó del mundial con una lesión muscular que le impidió jugar los primeros tres meses y su debut oficial tendría que esperar hasta el 11 de septiembre de 2014. Partido de la tercera ronda de la Capital One Cup, la copa que juegan los 92 equipos de las primeras cuatro categorías del fútbol inglés. Su equipo perdió de local 2-1 contra el Southampton. No fue el inicio esperado, pero mostró cosas interesantes.

El 11 de enero de 2015, frente al Stoke City, David fue titular por primera vez en la Premier League. Un arquero colombiano le había quitado el puesto a un prometedor, pero díscolo fumador polaco. Ahora era el primero, lugar que alguna vez ocuparon la leyenda Kelsey, el gruñón Lehmann, el simplón Seaman y el polémico Almunia. Así como fácilmente agarra los balones sin dar rebote, así cogió el puesto de titular para no soltarlo hasta el final de la temporada.

En abril de ese año, David se convirtió en el primer debutante en toda la historia de la Liga Premier en ganar once partidos en sus primeras doce apariciones, y mantuvo su arco en cero en seis de esos juegos. No tener que entrar al arco a recoger el balón significa para un arquero lo mismo que para un delantero hacer uno o varios goles, sobre todo en esta época donde las estadísticas se volvieron un factor clave para que los entrenadores tomen decisiones sobre el once titular.

De la manera más natural y casi por inercia los aficionados del Arsenal iniciaron un cántico que se convirtió en ritual cada vez que Ospina hace un saque. En la medida que se acerca al balón empieza el murmullo en el Emirates Stadium: Ooooouu... y una vez lo impacta retumba el estadio con un: ¡sssspiinaaa! Nadie tiene una explicación lógica de por qué empezó este particular grito, pero a veces hablar de lógica en el fútbol es perder el tiempo. Nació porque este arquero serio, con un francés muy paisa, tiene carisma, se hace querer y convence con la seguridad que impone en su área.

En su primera temporada finalizó como titular llevando a su equipo nuevamente a la Liga de Campeones después de un luchado segundo puesto. Una clasificación que le permitiría a Wenger sacar la cabeza para seguir respirando mientras el agua continuaba aumentando a su alrededor.

Era la mejor forma de terminar el año europeo, pero no duró mucho la satisfacción. Petr Cech fue contratado por Wenger. El arquero checo de 1.95 metros de estatura venía de cumplir una brillante carrera en el Chelsea y encontró en el Arsenal la mejor manera de seguir vigente en una liga de primer nivel. Sobre el papel fue inesperado que, después de la gran campaña de Ospina,

llevaran a un arquero de esta categoría. El mensaje era claro: había que remar más fuerte. Ahora la competencia era con un arquero consagrado con más de trescientos partidos en el fútbol inglés. Reconocimiento, talla, títulos nacionales e internacionales hacían de este un rival que exige sacar lo mejor. Con la salida del polaco Szczęsny hacia el A.C. Roma, el Arsenal quedaba con dos arqueros titulares en sus selecciones nacionales y un joven tercer arquero de 1.98 metros. Varios medios de comunicación usarían el afiche del equipo de ese año para ridiculizar a David. En la imagen se veía claramente la diferencia entre Ospina, Cech y Macey. Los famosos tabloides británicos y algunos comentaristas deportivos aprovecharían esto para fortalecer el argumento de que David no estaba hecho para esa liga. “Poor Ospina” se leía en la foto comparativa con sus respectivas medidas.

Sin embargo, hubo otros que cuestionaron esta contratación porque preferían reforzarse en posiciones donde habían sido frágiles en la temporada anterior, pero la compra ya estaba hecha. Wenger, en su sabiduría, optó porque Cech tapara la Premier y David, la Liga de Campeones.

Sin la continuidad de competir todos los domingos, David tenía que redoblar esfuerzos para mantenerse en forma. No solo estaba en juego todo lo conseguido hasta ahora en el Arsenal sino también el futuro de la selección Colombia que empezaría ese año las eliminatorias a Rusia 2018.

Cada vez que David reemplazó a Cech lo hizo bien, pero buena parte del periodismo londinense aprovechaba cualquier jugada discutida para compararlo con el del casco negro. Lo primero que salía a relucir era la diferencia, muy notoria, de los doce centímetros de estatura que los separaban. Es extraño, por no decir tonto, que aquellos que dicen saber de fútbol asocien la talla con la capacidad para el juego aéreo en un fútbol donde la mayoría de equipos le plantan al arquero un atacante para obstaculizar su posible salida en los tiros de costado. El tema no es de centímetros, es de manejar muy bien la distancia, el tiempo y el espacio. Una de las principales características que dieron a conocer a David en su exitoso e histórico paso por Atlético Nacional fue precisamente la de descolgar balones con una tranquilidad y elegancia pasmosa, pero los ingleses prefieren torres similares a la de Londres, la de Pisa o la Eiffel que goleros ágiles, claros con los pies y de técnica exquisita.

La temporada 2016-2017 no sería muy distinta para Ospina, pocos partidos en la Premier, titular con Colombia y con la Liga de Campeones por delante. Fue figura en la primera ronda del torneo continental de clubes. El Arsenal fue primero en el grupo A y en octavos de final le correspondió enfrentar al Bayern Munich. La ilusión estaba puesta en pasar a cuartos, algo que no conseguían desde 2009, pero los goles en contra llegarían por ráfagas de a cinco y el Arsenal quedó eliminado en casa por un marcador global de 10-2. Derrota humillante para un club grande y fulminante para David. Era la primera vez que un mismo conjunto en solo dos juegos le marcaba una decena de goles, los cuales afectaron gravemente su promedio de anotaciones en contra. Hasta ese momento era de menos de un tanto por partido.

El arquero no debe quedarse lamentando por los errores cometidos o los goles que le hicieron. Su mirada siempre tiene que estar enfocada en el presente, en mejorar todos los días para que el pasado no se repita en su arco. David tenía por delante la posibilidad de conseguir la F.A. Cup con el Arsenal. Era el único título que les quedaba por disputar. Eliminados por el Bayern y por primera vez en veinte años, los que lleva Wenger en su cargo, por fuera de la Liga de Campeones 2017-2018, gracias a un deslucido quinto puesto en la Premier, todo estaba enfocado en ganar el título más antiguo de clubes en el mundo. David fue titular, intervino categóricamente cuando su equipo lo necesitó y por primera vez un colombiano levantó la anhelada copa que cayó como bálsamo para redimir en algo lo ocurrido durante la temporada. David seguía haciendo historia.

El Woolwich Arsenal F.C. (nombre que utilizó el actual equipo londinense hasta 1914) tuvo en Leigh Roose un arquero que motivó a imponer la regla de obligar a los guardametas a utilizar sus manos y brazos solo dentro del área penal, zona que había sido creada en 1902. Cien años después un colombiano llegó a quebrantar las leyes de la condición física en la tierra de Newton. Con sus 183 centímetros de estatura David Ospina continúa desafiando los prejuicios deportivos de la altura de un arquero. Mundialista, arquero con más partidos jugados en la historia de la selección Colombia (79) y primer colombiano campeón de la F.A. Cup, el cancerbero de Santa María La Nueva de Tragüa ya llegó al primer mundo del fútbol, le falta que le den dos o tres temporadas en la Premier para consolidarse sin problemas en una isla donde cada vez que sale a la cancha mira hacia arriba para saludar a los Courtois, De Gea y compañía. ©



LISTEN TO THEM PIGS BANGING ON MY DOOR
ASKING FOR SOME RENT MONEY...
THEY SHOULD BE PAYING MY RENT



THE BLACK PANTHER

Periódico
Impresión Offset
44,4 x 28,7 cm
Febrero 27, 1971

Hace parte de la exposición: /TODO EL PODER PARA EL PUEBLO/
Emory Douglas y las Panteras Negras
Sala de exposiciones, Banco de la República, Medellín.
Del 24 de julio de 2017 al 19 de enero de 2018

El próximo octubre la editorial Pispirisps de Manizales, en compañía del cocinero Jorge Mario Gómez Londoño, publicará un libro sobre la cocina caldense tradicional y contemporánea. Aquí va esta degustación de ese sancocho de literatura, cantaleta, metafísica, zoología, oración e ironía.

La granja de Los animales

por PABLO R. ARANGO & NATHALIE MUÑOZ

Fotografías: Juan Fernando Ospina



El marrano

Fijémonos por un segundo en las gallinas: gordas, emplumadas de mala manera como un travesti que fue hermoso por la noche pero del que solo queda la versión de plumas mojadas del amanecer y la resaca; con los ojos a los lados de la cara como los monstruos frankensteinianos del mejor cine de terror malo; omnívoras, torpes, sin memoria y viviendo en la ignorancia casi absoluta. Si ustedes, amable lectora, desocupado lector, han pensado también que el gran Dios le dio a la gallina un destino duro y ridículo, les pedimos que se detengan por un momento con nosotros a contemplar el caso del marrano.

Hace once o diez mil años los humanos comenzamos a secuestrar jabalíes de la selva para acostumbrarlos al ambiente natural humano, es decir, la cárcel o, en este caso, cochera. Al parecer, la captura y encierro no fueron tan difíciles como puede uno pensar, ya que el jabalí es muy manso por fuera del período de celo. Pero había otras ventajas en el jabalí: el período de gestación es de apenas cuatro meses, y la camada va desde diez hasta treinta crías. Como si fuera poco, así como los humanos, se pueden alimentar de la basura humana (en la selva comían raíces, forrajes, bellotas). Así que, una vez encerrados, se reprodujeron y los humanos los tratamos humanamente: los mutilamos, los amarramos, los matamos y luego los comimos. Además de romperles la nariz para meterles en el orificio así creado un grueso anillo semicircular de metal —para reducirles el poder de horadar el suelo con su hocico—, los castramos y les quitamos los colmillos. Durante miles de años se repite el procedimiento y, entre las muchas variaciones que surgen, aparecen unos jabalíes lejanamente jabalíescos: gordos, fofos, rosados, con menos pelo y sin colmillos. He ahí el marrano.

Este proceso de especiación por el efecto de los humanos es conocido y hay varios casos. Como el jabalí y los marranos, por ejemplo, están el lobo y los perros. La castración, en todos estos casos, busca aplacar el instinto sexual

y, en consecuencia, volver a los animales más mansos. Pero en el caso del marrano, ¡ay!, mucho nos lo tememos, hay una motivación más profunda. Para explicarla, nos permitiremos un breve rodeo lexicográfico.

Consideremos la palabra “verraco”. Según el Diccionario de la RAE (en el que no aparece la variante con ‘b’, que es reciente y busca aislar el significado paisa) la palabra significa:

“Del lat. *verres*.

1. m. Cerdo padre.
2. m. y f. coloq. Cuba. Persona desaseada.

3. m. y f. coloq. Cuba. Persona despreciable por su mala conducta.

4. m. y f. coloq. Cuba. Persona tonta, que puede ser engañada con facilidad”.

Como se ve, todas las acepciones son cubanas y, por eso, no aparece el sentido colombiano, paisa de la palabra, que es exactamente el contrario del cubano. En nuestro caso la palabra tiene solo una levisima connotación negativa, porque todas las demás —e incluso esa, que está ahí únicamente para resaltar las otras connotaciones por el contraste— están cubiertas por la admiración: un verraco (o verraca) es un individuo que pasa por encima de los demás, que se sobrepone a todos los obstáculos sin consideración por las reglas o la comunidad; es una persona para la que la más alta excelencia es la efectividad, y los peores crímenes son el fracaso y la pobreza. En el caso de los hombres, esto incluye una promiscuidad sexual, heterosexual, indiscriminada (con su correspondiente homosexualismo reprimido). Y aquí tenemos otra vez al marrano.

Porque el semental del marrano, el verraco, cuyo nombre es el sentido originario y universal de la palabra en español, es en cierto sentido un privilegiado, al menos desde la visión paisa, campesina, machista, montañera, melodramática, exagerada de la vida (que, desafortunada y afortunadamente, es la nuestra, como habrán notado). Porque su único destino es comer agua-masa y montar hembras, las cuales le son traídas por razones desconocidas para él (lo que aumenta su felicidad, ya que debe de pensar, con lágrimas en los



obvia es si esos malparidos europeos blancos tienen alma.

Un representante de esa raza de desalmados, Cristóbal Colón, trajo los marranos a América por primera vez en su segundo viaje equivocado a las Indias, en 1493, y los desembarcó en Puerto Rico. Desde entonces se regaron como cerdos por el recién inventado continente americano. A Estados Unidos los llevó otro demente, quizá tan delirante y codicioso como Colón: el terrible conquistador español Hernando de Soto, la ira de Dios, quien en 1539 inició una expedición en la que atravesó diez estados de los Estados Unidos anticipándose por décadas a los expedicionarios ingleses —y por siglos a los gringos—, es decir, masacrando indios sin ninguna compasión, para morir a orillas del impasible Misisipi en 1542, a los 42 años de edad, enfermo y envejecido y probablemente con el único remordimiento de no haber podido matar y robar a más gente. Pero Colón y de Soto no solo bajaron una especie animal cuando asentaron los primeros marranos en territorio americano. También bajaron uno de los cargamentos más fértiles y duraderos de metáforas.

Un cerdo puede ser, al mismo tiempo o por separado, un canalla, un rufián, un mujeriego, un virtuoso en algo (“¡Es un cerdo para jugar billar!”), decimos de un buen billarista, etc.), un depravado moral, un criminal, un sujeto despreciable ante quien la única reacción cognitiva y emocionalmente apropiada es el asco.

¿Por qué carga el marrano con este sino inicu? Por la misma razón que lo hacen la gallina y todos los animales a los que nos comemos. Porque toda victoria real requiere una victoria metafórica. Por eso todavía hoy la palabra esclavo se usa para señalar un vicio, una falla del carácter, cuando en realidad un esclavo es alguien a quien otro secuestró y mantiene preso. Y así vamos, mulas contra el ventarrón, permanentemente arrastradas hacia el pasado.

grandes filósofos morales de occidente. La preocupación de Mill era otra. Él había llegado a la ardua conclusión de que el placer es lo mejor que puede haber para un humano. Pero eso parece implicar que el cerdo y el borracho son los modelos de la excelencia humana (tal como parecemos pensar todos, a juzgar por nuestros gustos). Entonces Mill argumentó que no cualquier placer era la meta de los seres racionales. La verdadera finalidad de las mujeres y los hombres es cultivar el espíritu y buscar los placeres intelectuales. Por eso, concluyó, es mejor ser un sabio miserable, insatisfecho y suicida, que un marrano cojudo recién follado y con la barriga llena.

Por eso hay al menos dos problemas con este planteamiento. El primero es que, por lo que muestra la historia de nuestra especie, puestos a elegir, en general preferimos ser el marrano satisfecho. El segundo es que, si tuviéramos que vencer al marrano de que se convierta en un filósofo humano, los gestos cuasi humanos de placer porcino que exhibe durante los seis minutos constituyen un argumento difícil de rebatir.

El filósofo manizaleño Manuel Fernando ‘el Flaco’ Jiménez escribió en uno de sus muchos profundos tratados que el hombre europeo blanco se había preguntado desde siempre si las mujeres tenemos alma, si los indios tenemos alma, si los negros tenemos alma, y si los animales tenemos alma. Y apunta penetrantemente el Flaco: por la forma en que se han comportado, la pregunta

Los platos

El chicharrón

Una prueba de que todo progreso trae pérdidas es el destino de la sonora palabra chicharrón. El gesto obligado de la boca para pronunciar la última sílaba: “rrón”, ese rollo, ese túnel que formamos para la ternura, para el gesto que precede al beso cariñoso. Las dos primeras sílabas: “chi-cha”, un comienzo que preludia la ternura del final, que solo usamos cuando nos dirigimos a los bebés (“chi-chi-chi”) o cuando nos infantilizamos a propósito para deleitar de ridículo a quien amamos; todo eso felizmente hace que olvidemos que la definición es: “La piel del cerdo frita”. O al menos esa era la definición para los viejos, porque ahora los muchachos lo saben todo y, si no lo saben, creen que lo saben porque podrían verlo en un teléfono de bolsillo. Pero la arrogancia del que cree que sabe arruina la sorpresa. Por ejemplo, cuando uno de nosotras dos, el viejo, leyó en un menú de un restaurante en Buenaventura que había chicharrón de alguna variedad de pez, se sumió en una honda y perturbada meditación imaginando las costumbres y vida de esos marranos marinos. De no haber sido por esa ignorancia, no habría padecido y disfrutado esa rara perplejidad. Esa clase de asombro, en cambio, les está prohibida a los *mille-nials*, quienes saben que hay chicharrones de cada ser que tenga piel, y más. Pero en Caldas la palabra todavía se usa exclusivamente para ese crujiente y jugoso resultado de la piel de cerdo cuando la arrojan a una sartén caliente con un poco de agua (la grasa del cerdo se basta sola para freír al cerdo. Dice un chiste común que hacen los médicos caldenses a sus amigos gordos: “Yo le hago la liposucción, y no se preocupe por la plata que con la manteca me pago y gano”). Y luego lo servimos con frijoles, arroz, arepa, y en decenas de combinaciones con vegetales y otras carnes. Hasta que se taponen nuestras arterias y el gran y buen Dios se acuerde de nosotros y nos lleve a descansar junto a los marranos que nos nutrieron.

Solo nos resta, en nuestra condición de devotos caldenses adoptivos, elevar el siguiente ruego: recuérda por favor, ¡oh!, carnicero, regalarle una muerte rápida y fácil al marrano.

La bandeja paisa

Este plato es la obra que mejor representa eso que llaman “lo paisa”: el exceso (además de chorizo y carne de res molida, están el huevo frito, el chicharrón, los frijoles con hogao), la redundancia (fíjense en el paréntesis anterior y a eso súmenle las harinas: arroz blanco, plátano maduro, papa; y la grasa), la expresión exagerada de un amor que es tan sobreprotector e ineludible como destructivo. Dado que los paisas solo lo hacemos bien callando, cuando expresamos nuestras emociones e ideas explotamos en una barahúnda incoherente, incomprensible incluso para nosotros mismos, pero a veces bella. Ahí está, por ejemplo, la obra de Fernando Vallejo, que nos mostró la gran literatura que hay en la cantaleta típica de una matrona paisa: una queja constante por el estado general de las cosas y el particular de nuestras casas y familias, acompañada de agradecimientos y alabanzas a Dios nuestro señor que nos regaló esta puta vida de mierda con estos malparidos hijos que no dan sino guerra pero que son lo mejor de la existencia porque son un regalo de mi Dios vida hijueputa...

Porque el amor de una madre puede ser mortal. ¿No conocen ustedes, acaso, a esos pobres afortunados hombres de cuarenta, cincuenta, sesenta años de



edad que aún viven con sus madres, que nunca pudieron acercarse siquiera a otra mujer, con el ego engordado y anulados casi por completo por el cariño permanente, la ternura, el amor, las carantoñas, los dulces, los desayunos, los almuerzos, las meriendas, las bandejas paisas preparadas y servidas con sevicia, día a día, por sus madres? Pero, ¿quién no quiere ese amor? ¿No conocen, acaso, al otro hijo, al juicioso, al que los mantiene a los dos —a la madre y al hijo discapacitado de amor—; no conocen acaso ustedes, amables lectoras, desocupados lectores, a ese otro hijo que lo hizo todo bien y que mira, perplejo y humillado, cómo su madre prefiere y defiende al hijo calavera, el vago, el buena vida, el parásito, el goterero? ¿No parece por momentos que este otro hijo, el hombre decente, daría todo lo que tiene por recibir el amor que le sobra al haragán? ¿No parece acaso que el hombre de bien, por momentos, quisiera ser el inútil amado?

A todas estas, ¿dónde están las mujeres, las hijas? La respuesta requiere especular un poco. En pocas palabras, se trata de que el mecanismo por el que el machismo se perpetúa son las mujeres: las madres educan a sus hijas e hijos en una diferencia esencial entre hombres y mujeres. Las mujeres deben servir y callar, los hombres mandar y proveer. Las mujeres deben ser sumisas y discretas, el hombre debe mandar y hacerse oír. Todas las niñas y muchachas paisas han padecido esta distinción, algunas de formas más dolorosas que otras. Si nuestras lectoras no están de acuerdo, nos disculpamos, ya que este tratado pretende ser una contribución al mito, no a la historia. Así que la escena anterior, la de los hijos varones que luchan en vano por el amor de la madre (en vano porque es un amor arbitrario, que no depende del mérito ni de nada que parezca sensato); esa escena debe ser completada con la mirada perpleja, entre resentida y resignada, de una hija que lo ve todo desde lejos y que envidia la clase de amor que recibe incluso el hijo bien vestido, el decente, el que trabaja y se siente desvalido porque su mamá no lo ama como al otro.

Hipótesis sobre el origen

Los colonizadores de Caldas eran antioqueños que vinieron a buscar tierra y, por tanto, un destino. Este pasado define nuestras relaciones con Antioquia: la odiamos y la amamos como se hace con una madre indolente.

Una de las razones por las que la gente no acaba de convencerse de que la cocina es un arte es que se trata de un arte con un estatuto especial. Modernamente asociamos la idea de obra de arte con la idea de autor, de artista, de individuo genial que, solo e incluso contra todos, nos regala la belleza. Pero la comida, que tiene tanto de creación como de descubrimiento, es una obra colectiva. Las cosas fundamentales de la vida humana lo son: el humor, la religión, las posiciones para tener sexo (no conmemoramos el aniversario de la muerte de quien inventó la miné o la posición del misionero, porque somos todos y ninguno), las armas, los gestos del amor, la comida. Nunca un buen plato es el resultado de la actividad aislada de un individuo. Cuando la idea es muy mala, probablemente sea obra del individuo, no de la especie. Nosotros iríamos más lejos y diríamos que incluso las grandes pinturas o las grandes novelas son creaciones colectivas o, al menos, cooperativas. Pero esto no es un insulso libro de profundidades, sino un succulento libro de cocina, así que continuemos.

Dado que la bandeja paisa es la obra más importante de la cultura paisa, existe un debate sobre su origen. Un debate imposible puesto que la evidencia que podría resolverlo se hundió en el comienzo de los tiempos (nos referimos, por supuesto, al comienzo de Antioquia nada más, pero como somos paisas, mitificamos y exageramos todo el tiempo. Perdón por eso y con mucho gusto, querida lectora, amable lector). Por eso referiremos aquí a dos de las principales teorías que circulan entre los científicos como nosotros (i.e., antropólogos homeópatas) acerca del Big Bang: la creación, o el descubrimiento o, mejor, el surgimiento de la bandeja paisa.

La hipótesis del arriero

En el principio fue el viaje. El viaje largo, lento, con una enorme recua de mulas cargadas, no muchos hombres, viendo todos los tonos del espectro de verde que el ojo humano puede ver: en cafetales, guamales, guaduales, potreros; de vez en cuando una mujer, una forma humana, un campesino, un perro hambriento. En algún momento una mula resbala y varias se despeñan. Pierden carga y comida. Y luego llega el hambre. Y la paz se acaba. Aceleran el paso en un silencio ansioso hasta que ven una luz. Es una casa y, cuando llegan, empiezan a sentir que algo parecido a lo que se revuelve en su interior debe empujar a un tigrillo que no tiene problema y está bien escondido y caliente, algo parecido a lo que

sienten ellos ahora lleva al pobre animal a exponerse, a pararse e ir a matar o morir. Los atienden varias mujeres jóvenes, y saben que cuando hayan saciado el hambre ellas serán entonces el objeto de su lubricidad. Pero, como dijo san Agustín, todavía no. Se saludan y cuando preguntan por comida las muchachas les dicen que están de buenas, que tienen servicio de restaurante porque por ahí pasa mucho arriero. Preguntan entonces qué tienen, y las muchachas contestan que hay principio de frijol o garbanzo (somos un pueblo de principios), arroz, carne asada o carne molida y ensalada con jugo de tomate de árbol. La mayoría dice que está bien pero que, por favor, no importa el precio, les sirva en un plato doble el arroz con mucho frijol, la carne molida, dos huevos fritos, un chicharrón frito, grande, un chorizo, tajadas de papa y de maduro, sin la ensalada, y si tienen de pronto por ahí medio aguacate.

El resto es fácil de imaginar: dado que somos animales de la misma especie, más y más hombres pasan por esa y por otras posadas y hacen pedidos similares y disfrutan luego con la misma intensidad ese lujurioso bombardeo a sus sistemas cardiovasculares que hoy llamamos bandeja paisa.

La hipótesis del error

Hay una palabra importada del inglés que nombra ese momento maravilloso y ridículo en el que se produce un gran descubrimiento o invención, pero por error: serendipia. Muchas cosas importantes, quizá la mayoría, han surgido por serendipia: alguien iba en busca de algo y falló, pero el fracaso fue un éxito porque encontró algo mucho mejor, algo impensado. O alguien tomó una herramienta y la usó para otra cosa, como el que primero usó un garrote como palanca para empujar una piedra y no para partir una cabeza. Así surgieron la penicilina, la poesía, la hipótesis del Big Bang (la otra, la que explica el origen del universo).

La bandeja paisa pudo haber surgido de este modo. En alguna recepción en la que les pidieron a unas cocineras preparar platos típicos de la región, unos visitantes extranjeros traídos por unos políticos vieron las mesas con los platos de frijoles, chicharrones, huevos fritos, arroz blanco, plátano maduro, chorizos, chicharrones, etc., y la lujuria les pudo, y no se dejaron servir de las campesinas sino que se abalanzaron sobre los platos, asumiendo que era un bufet, y descubrieron simultáneamente el bufet colombiano y la bandeja paisa. ©



Gilles Lipovetsky en la UPB



Acreditación Institucional de Alta Calidad • Sede Central • Medellín
Res. No. 02444 del 22 de febrero de 2017 - 8 años. Vigilada Mineducación

➤ **El nuevo mundo del lujo**
15 de agosto de 2017 • 10:00 a.m. Polideportivo de la UPB

➤ **El capitalismo estético**
16 de agosto de 2017 • 10:00 a.m. Aula Magna Mons. Manuel José Sierra

Entrada libre. Mayor información en la línea de Asesoría Integral 448 8388
Inscríbete en www.upb.edu.co/es/eventos

Formación integral para la transformación social y humana

www.upb.edu.co

universo centro
Presenta

centrodemedellin.co
Un caleidoscopio de historias sobre la siempre Candelaria

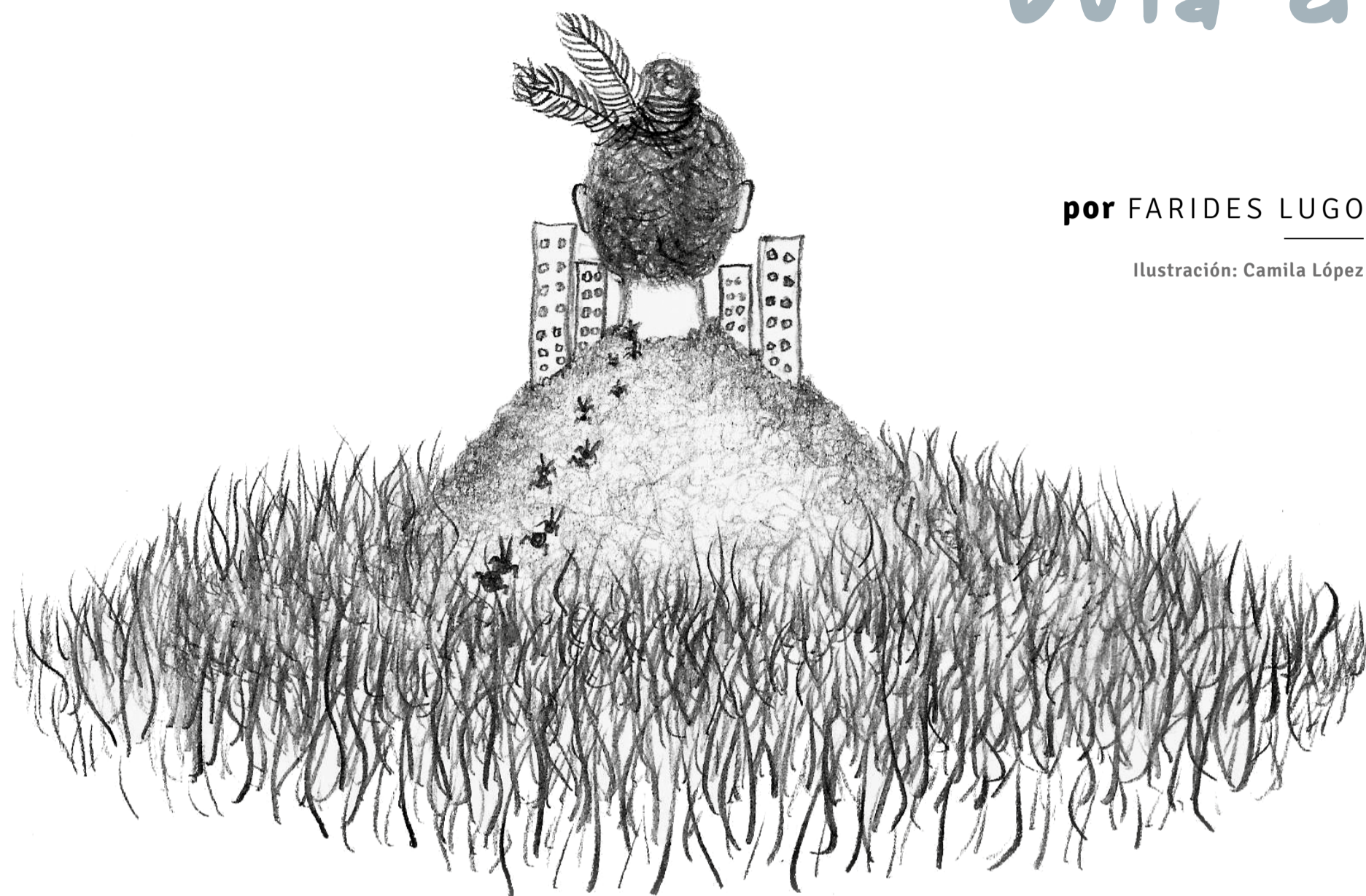
FIESTA Y LANZAMIENTO
Viernes | 11 de agosto | 7:00 p.m.
Terraza Claustro de San Ignacio
COMFAMA

CENTRO DE MEDELLÍN
un mapa para perderse

Cola de cerdo

por FARIDES LUGO

Ilustración: Camila López



*Entonces vio al niño.
Era un pellejo hinchado y reseco,
que todas las hormigas del mundo
iban arrastrando trabajosamente
hacia sus madrigueras.*

Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*

Atrás dejó su vereda manchada de sangre. Lo que quedaba de su familia fue pisoteado por las botas de ejércitos coléricos. Ella no pudo resistir más el fuego cruzado a la medianoche, las rodillas ya no le daban para continuar tirándose debajo de la cama. Así que un buen día empacó unos cuantos trapos en un saco amarillento y se fue directo donde la única conocida que tenía en la ciudad.

La señora Carmela fue una gran amiga de su madre y una de las pocas visionarias que advirtió a sus vecinos los peligros de permanecer, tercios, en la vereda. Antes de partir para la ciudad, la señora se había puesto a la orden, les dejó su dirección por si las moscas.

La ciudad la había cambiado y ahora no se veía nada contenta de tener a esa indiecita en la reja de su casa. Entre suspiros de inconformidad la hizo pasar, no le brindó ni un vaso de agua, enseguida le preguntó a qué venía y por cuánto tiempo. Cuando la chica le contó la reciente muerte de su madre, solo soltó un: “Yo se lo advertí. Indios tenían que ser”.

Le hizo un gesto brusco para que la siguiera por el pasillo oscuro de la casa, al final se detuvo y señaló lo que debía ser el cuarto de los chécheres, únicamente tenía la mitad del techo y concluyó la bienvenida: “Tú verás de dónde sacas la cama y te compones como puedas con tu comida”. La joven sonrió y dio las gracias.

La chica no tenía un peso. Los últimos billetes arrugados, que su mamá le heredó en una vieja lata, los tuvo que gastar en el bus hasta el terminal, luego, hasta el barrio de invasión de la señora Carmela. Un desfile de busetas y colectivos la dejó sin nada.

No tardó en explorar el nuevo barrio. Las tiendas eran negocios de familia y no contrataban extraños. Todos se las arreglaban solos porque no tenían para pagar ayuda. El trabajo estaba en la ciudad. En las madrugadas salía un ejército de trabajadores a partirse el lomo construyendo edificios, cocinando en restaurantes, aseando oficinas, podando jardines. No era fácil para ella conectarse con una buena casa para que, por lo menos, el sueldo se acercara al mínimo; no había terminado ni la primaria y no tenía ninguna recomendación. Así que lo primero que consiguió, con unos hombres del barrio, le cayó como bendición del cielo que no la desamparaba del todo.

Cada mañana pasarían por ella en un camión destartalado. Atrás iban varios niños y jovencitos. Los dejaban en parejas al pie de la carretera con bolsas de supuestos huevos criollos. Cada kilómetro descendía una parejita vendedora. A todos los volvían a recoger pasado el mediodía.

Ella veía pasar veloces los autos por la autopista. En el horizonte ondulaba el vapor sobre el asfalto. Muchos

copilotos se la quedaban viendo. Seguro hubiesen querido parar, estirar las piernas, comprar algunos huevos criollos para llevar a sus familias, preguntarle si hablaba español, si ella misma hacía esos collares coloridos, si los vendía. Pero la velocidad con la que iban los pilotos no los dejaba tomar a tiempo esa decisión de alto en el camino. Los carros viejos y lentos sí se detenían y era interminable la preguntadera sobre el origen de los huevos, con qué alimentaban a las gallinas y la exigencia final de la rebajita. Ella se desesperaba: “¿Qué gano yo entonces? Llevo toda la mañana chupando sol. Usted al supermercado no le pide nunca rebaja ni ñapa”. Algo lograba vender, en especial cuando estaba de buenas y le tocaban bolsas con huevos azules, a la gente le gustaban y desconfiaban menos de que no fuesen criollos. Todos los huevos tenían el mismo origen: los canastones de una de las tiendas del barrio de invasión que se surtía de los grandes graneros del Centro de la ciudad.

Los hombres le vieron potencial a la chica: era cumplida y callada. A los pocos meses le propusieron otro negocio. Ya no tendría que pararse a pleno sol al pie de la vía recogiendo humo y rípios de ganancia. Ahora la dejarían la jornada completa cerca de un centro comercial de la ciudad.

—Debajo de un árbol con sombra, si quieres. Pero, debes llevar un compañero más pequeño, que parezca tu hijo y verás cómo te llenan los bolsillos. La mitad es para nosotros que ponemos el transporte, el niño y sus cuidados. ¿Qué dices?

—¿Y si la gente sospecha que ese niño no es mío?

—¿Cómo? Si todos ustedes son igualitos. La misma cara redonda, pelo liso y ojos chinos. Además, empiezan a parir desde los doce. ¿Sí o no? Fresca.

Cambió de trabajo. En este debía estar más quieta todavía. La cara larga y triste la fingió un poco los primeros días, luego se le instaló naturalmente. El niño se dejaba cargar todo el tiempo, como si extrañara los brazos de su verdadera mamá. La chica nunca preguntó quién era, tampoco lo que estaba escrito en el cartelito mugroso que le ponían al lado. Los hombres la dejaban acomodada bien de madrugada, cuando solo los vendedores de tinto andan por ahí, arrastrando sus carritos como ánimas en pena.

El punto era estratégico. Por ahí pasaba mucha gente hacia el centro comercial que todo lo engullía: bancos, supermercados, tiendas de ropa, restaurantes, peluquerías, librerías. “¿Qué no se podía hacer allí?”. Sin embargo, ella solo se escabullía cuando los porteros estaban distraídos y usaba de afán el baño público. Regresaba a su sitio de por Diosera y la lata se le iba llenando con monedas sobrantes de los transeúntes. Poco a poco pudo aportar más en la casa y aguantar menos cantaleas de la señora Carmela que todo se lo sacaba en cara, incluso lo que nunca le había dado.

Los meses se fueron volando y el niño se iba poniendo más inquieto. Ya no era posible tenerlo cargado todo el día. Si lo dejaba alejarse, las monedas cesaban. Si dejaba el puesto para ir detrás del niño y jugar con él, las monedas desaparecían. “¿Por qué tienes que crecer?”, le preguntaba en su mente, le sonreía y lo abrazaba fuerte un instante.

Al ver las bajas en el negocio, los hombres ya sabían la razón y la cura.

—Hay una manera para que esté tranquilito y te deje pedir bien con él en brazos.

—¿Qué es?

—Fresca. Le ponemos un remedio que te lo deja quietico. Tú verás.

El corazón se le estrujó y dolió. Si algún día quería largarse de la casa de la señora Carmela necesitaba ganar más. Era obvio que con el niño en brazos a la gente le daba lástima y le soltaban más ayuda, sin él, solo era una jovencita floja sin ninguna discapacidad que le impidiera estar trabajando como dios manda y los que pasaban la miraban con desprecio.

Le empezaron a entregar el niño dormido desde la madrugada. Nunca preguntó qué le daban, pero sí quiso saber que no fuese algo que lo enfermara.

—Es seguro. ¿No ves cómo duerme todo el día como un angelito y nos trae buena platica?

El último día que lo recibió estaba frío, sudado y amarillito. Le dijeron vagamente que pudo ser algo que comió la noche anterior. Ella buscó respuestas en los ojos de las otras mujeres que iban en el camión, también con niños en brazos, todas miraron para otro lado. Algo andaba mal.

En el puesto de trabajo intentó despertar al niño, animarlo para jugar. Él se movía un poco y volvía a cerrar los ojos como si los párpados estuviesen atados por hilos invisibles. Al caer la tarde lo empezó a sentir rígido entre sus brazos, como si cargara un muñeco. Quiso gritar. No pudo. Pasarían por ellos después de la hora pico. “¿Cómo esperar tanto?”. De vez en cuando lo meneaba con disimulo, le soplabla suave el rostro. Quietud. La muchedumbre bulló, todos salían de sus madrigueras de trabajo y un ejército rojo de hormigas llegó. Decididas y alineadas subían por los pies del pequeño. Ella las vio y salió de su inercia. También se subían a ella, muerta en vida. Dejó el cuerpo del niño en el piso y se sacudió las hormigas que ya habían empezado a picar. Llegaban más, imparables. Ella salió corriendo de allí. Abandonó al niño bajo las botas del ejército rojo que lo aplastaba. La chica huyó a la otra esquina del centro comercial. Estuvo tentada a voltear y mirar al niño por última vez. No lo hizo. Dobló la esquina y se juró no volver jamás a la casa de la señora Carmela. Atrás dejó todo de nuevo. ☺



CURSOS DE CAFÉ Y BARISTA

INDIVIDUALES - PERSONALIZADOS
Asesorías - Cafés - Aperturas tiendas de Café

☎ 316 668 11 82

maxicafemedellin@gmail.com

 Maxi café - Cursos Asesorías
Eventos - Medellín

 maxicafemedellin

 color indigo

Diseño Gráfico - Ilustración - Publicidad
Diseñado por
www.color-indigo.com



El Túnel

Café y Cocina

Lunes - Sábado
12:00 m. a 10:00 p.m.
Cra 42 #54-62
Teléfono: 2396536

En diez años Medellín triplicó sus visitantes extranjeros. El año pasado llegaron más de setecientos mil. Han ido pasando de bichos raros a paisaje. Pero nunca desapercibidos. Siempre promesa y botín. Sean andrajosos o recién brillados por el pasaporte. Los robos en vía pública crecieron un quince por ciento en 2016. Llegan las abejas al panal de hostales, terminales, aeropuertos, cerros. La policía les pierde el miedo a los extranjeros y a los ladrones. Tres atracos en ocho días.



por ANAMARÍA BEDOYA

Ilustración: Verónica Velásquez

Robo 1. Los digital nomads

Olessia: Estamos en Colombia haciendo un curso de programación, somos *digital nomads*. Solo necesitamos wifi, pues nuestro trabajo lo podemos hacer desde cualquier lugar del mundo. Entonces, nueve de nosotros decidimos ir al Cerro del Volador para hacer una caminata corta. Nos separamos en tres taxis. Seis de nosotros llegamos y los otros se perdieron en el camino. Decidimos de empezar a caminar.

Kevin: Después de un rato vimos a unos chicos fumando marihuana; parecía que estaban analizando, buscando gringos para atracar. Tras unos quince minutos llegamos a una parte aislada donde no había nadie. Entonces dos chicos llegaron con cuchillos y los apuntaron hacia nosotros y nos dijeron que les entregáramos toda nuestra plata y los objetos electrónicos, esto fue lo que hicimos.

Olessia: Nos decían, tranquilos, tranquilos, no hagan ruido. Eran un poco pequeños, oscuros; uno tenía una camisa negra, y el otro una azul.

Kevin: Tomaron todo el dinero pero nos dejaron las billeteras.

Olessia: Cogieron nuestras bolsas y las vaciaron en el suelo. Luego ellos nos dijeron, recojan su mierda. ¿Teníamos miedo? Uh, sí. Tenían el cuchillo con la punta hacia abajo, una chica que trabajó en la frontera con México nos contó que eso es señal de que lo habían hecho antes, si la punta hubiera estado hacia arriba, significa que tienen miedo. Luego, Kevin y yo fuimos a la policía, les contamos lo que pasó y les dijimos que si tenían wifi nosotros podríamos localizar nuestros celulares. Y vimos dónde estaban. Sí, nosotros podíamos ver. La policía se estaba preparando para salir, les mostramos el lugar en el mapa. Los policías se calmaron. Dijeron que era un barrio peligroso y que ya había pasado tanto tiempo desde el robo que era difícil ir a buscar a esos chicos con camisa negra y camisa azul, por seis celulares y una cámara Go Pro. Nos dijeron que iban a estar en contacto. Los policías estaban haciendo bromas todo el tiempo. Era muy obvio que se estaban burlando de nosotros.

Kevin: A mí me dijeron pequeño detective.

Olessia: Se estaban riendo porque, como nosotros estamos estudiando

programación, logramos encontrar los teléfonos. Les mostramos en Google Street View, exactamente, un callejón donde se encontraban nuestras cosas, por eso se burlaban y nos dijeron pequeños detectives. Se reían porque estábamos trabajando más que ellos.

Kane: Yo no fui a la policía porque yo no creí que ellos pudieran hacer mucho.

Olessia: Era la primera vez que me robaron.

Kevin: La mía también. Después de eso, ahora yo miro sobre mis hombros mucho más, y estoy más pendiente cuando camino en la calle.

Olessia: A mí me dejó un sabor amargo. El otro día fuimos al *city tour* en el Centro y yo estaba más cuidada. Sé que esto hubiera podido pasar en cualquier lugar en el mundo y simplemente pasó en Medellín. Qué pereza porque mis papás estaban diciendo, por qué Colombia, no vas a Colombia, es muy peligroso, no vas. Y yo les dije, todo está bien. Ahora es un país seguro. Yo no les conté lo que me pasó porque no quiero que se preocupen.

Kane: Me dejó triste, fuimos al Centro y me di cuenta que me puse nerviosa, pero era más una respuesta física, de verdad la gente que hemos

conocido hasta ahora son tan amables y tan queridos. Y más que todo me puse triste viendo que la gente vea en otras personas la oportunidad de conseguir plata, que para ellos probablemente es dinero fácil y que seguro lo necesitaban.

Olessia: Unos amigos que vinieron hace tres años solo contaron buenas cosas de Colombia y lo recomendaron, me dijeron que hay una gran comunidad de *digital nomad*. Entonces yo estaba súper emocionada, todavía lo estoy. No creo que lo que nos pasó presente a todo el país. Y creo que en cada lugar del mundo hay una manzana podrida.

Kevin: Pienso que en cualquier lugar existen malas personas y parece que estuvimos en la mala hora en el lugar equivocado.

Olessia: Sí, no nos hicieron daño físico, hubieran podido hacerlo. En este momento estamos súper bien, además... el nivel de papaya es, ¿conoce esa frase sobre el nivel de papaya?

Kane: Yo pienso que la policía no reaccionó muy diferente a como lo hubieran hecho los policías en USA.

Olessia: ¿De verdad crees eso? Yo no creo que la policía en USA se atreviera a hacer tantas bromas delante de ti.

Kane: Sí, es verdad, probablemente no lo harían.

Kevin: Ellos solo anotaron en un papel todo lo que nos robaron, pero no era un formulario oficial, simplemente era un pedazo de papel.

Olessia: Lo hicieron porque somos extranjeros. Trataron de ayudarnos, estuvimos allá al menos una hora. Y al fin simplemente dejamos un número, y el policía, que me estaba coqueteando, dijo, ¡ay, es para mí! Pero yo le di el número del hostel. Nos dijeron que iban a llamar 24 horas después, pero no lo hicieron.

Kevin: Creo que es un ciclo. Cuando fuimos a la caminata al Centro vimos gente en la calle vendiendo muchos celulares caros, estuvimos casi seguros que eran puros celulares robados.

Olessia: Luego de estar con los policías, nos devolvimos caminando con un señor que nos acompañó, yo le pregunté si esto pasaba mucho y me dijo que sí, todo el tiempo. Le pregunté qué tanto encuentran el material robado, dijo que normalmente tienen una respuesta positiva. Creo que simplemente estaba tratando de hacernos sentir mejor, de darnos un poquito de esperanza.

Robo 2. La chica del hostel

La recepcionista:

La huésped era una chica estadounidense de veinte años. Se hacía llamar Vivian. Era morenita. Llevaba varios días viajando alrededor de Colombia. Estaba sentada ahí junto a la puerta. Después el man la vio, la estudió y se le sentó al lado. No sé cómo le sacó información, yo estaba hablando con otra muchacha, a la que también le robaron, pero ya en otro lado. Le dijo que él era el jefe de nosotros. El tipo era mayor, venía encorbado, bien vestido, de por ahí más de cuarenta años, canoso ya, delgado, por ahí 1.65.

La invitó para algún lado y ella se fue con él. Él después dijo, espérame que voy a avisarle a mis empleados. Entonces, la dejó por allá. En las cámaras se ve que él entra directamente donde ella tenía la maleta, la toma y se va. La chica después viene a buscar las cosas porque resulta que el vuelo era ese día y pues no la encontró, en la maleta tenía computadores, joyas y tarjetas de crédito.

Alcanzamos a llamar a la policía, pero no a mostrarles los videos para que ellos pudieran, tal vez, salir a buscarlo. Ella medio dijo lo que tenía que decir y se fue para no perder el vuelo. La chica estaba súper asustada. Al señor ya lo tienen reconocido en los hoteles porque es una modalidad vieja con la que viene robando. Le dicen dizque el Viejo. Yo juré que él era el conductor del Uber, por eso tampoco dijimos nada.

Hay que estar más pendiente de quién entra porque las cosas pueden pasar una vez pero tampoco pueden pasar toda la vida. Bueno, vamos a ver qué hacemos para Feria de Flores, que son gringos, que los ladrones creen que ellos están pinchos en plata, que dan papaya, y sí, los han robado mucho.

La comunicadora:

El tipo tenía un pantalón vinotinto y una camisa rosada, a cuadros, él estaba muy elegante. Yo dije, le voy a preguntar qué necesita, pero en ese momento me llegó una cita que tenía y no le pude preguntar. Ella nos dijo fue que el señor le había dicho que él era el gerente del hostel, que quería tener una atención con ella, que si se quería ir a tomar un café con él. Entonces ella le preguntó, ¿dónde puedo dejar la maleta? El le dijo, déjala donde dejaste la maleta grande. Entonces los dos van al cuarto donde guardamos las maletas. Sí, déjala ahí, y cerraron la puerta.

Ninguno de nosotros se dio cuenta, y salieron. Cuando llegaron al restaurante él le dijo, tengo que devolverme porque no les dije a mis empleados que me iba a ir. Él se devuelve, entra, abre la puerta, saca la maleta. Ella se devolvió a sacar las cosas y dijo, el dueño del hostel nunca llegó. El gerente le dijo, ¿el dueño?, ¿cuál es el dueño? Un señor ¿Un señor? ¿Dónde está mi maleta? Ahí ella empezó a gritar.

Según nos contaron, al tipo lo conocen como el Cucho. Fue impresionante porque el tipo sabía dónde estaban las cosas. Sabía que a esa hora nosotros teníamos el *check out* de los huéspedes. La policía vino pero no hizo nada. En ese momento no les pudimos mostrar el video, pero cuando lo tuvimos, los llamamos para que vinieran y nos dijeron, vamos a documentarlo y le vamos a informar a los demás compañeros. Nunca vinieron.

El gerente suizo:

El señor le dijo que él era el administrador del hostel. Ella era como una chica especial. ¿Cómo te explico? Parece que es una que se mete con viejos. Así. Entonces como que vino este viejo, estaba allá sentado, y empezaron a hablar. Eran muy amigos, ¿sí? En un principio él entró, yo lo vi, lo estaba vigilando, y después llegó ella. Y ellos empezaron a hablar gaa, como amigos, entonces yo bajé la atención.

Luego, yo estaba con el constructor aquí, porque hemos tenido una fuga, estaba revisando las cosas, y él entró en ese momento, abrió la puerta, sacó la maleta y *tchüss*, nadie se dio cuenta. Ella volvió tres minutos después. Ey, ¿dónde es el jefe tuyo? ¿Cómo dónde está el jefe mío? Ah, es que yo no puedo esperar más, tengo que irme al aeropuerto. Pues entró al cuarto de equipaje y dice... ¡Ayyy, mi maleta! ¿Cómo así tu maleta?

Él era un profesional, sí. Él era un PRO-FE-SIO-NAL. Es que toda la gente se dio cuenta de él y bajaron la atención, pareció como un taxista, un amigo, o algo así. Llamamos a la policía y ellos vinieron, preguntaron quién era, dónde tienen videos, y nos dijeron que no hay sentido salir a buscarlo porque no lo vamos a encontrar más, y nos dejaron el número y nos dijeron, si saben más, mandan las fotos del señor. Realmente ellos no hicieron nada.

Después yo les envié las fotos del señor, porque yo estoy en el grupo de WhatsApp de los hoteles de Medellín y les comenté el caso y ellos me dijeron, ¡ay puta!, y me mandaron fotos, este es el Chaco, lo llaman así. Ya lo arrestaron varias veces y la policía lo deja salir otra vez. De verdad era él, yo envié estas fotos a la policía, más las fotos del video que me enviaron del grupo de hoteles y ellos solo dijeron, lo vamos a compartir con los compañeros de la policía y miremos qué podemos hacer. Parece que es un tema muy normal. En ese grupo de WhatsApp recibí al menos una vez por semana videos e informaciones de ladrones y cómo entran a los hoteles para robar. Por ejemplo, el otro

día, nos mostraron un video de cómo un recepcionista abre la puerta y el ladrón entra y le pone en la cara la pistola.

Robo 3. El panadero extranjero

No quiero que pongas el nombre de verdad, mejor pones Sandro Talman, no sé, ¿ok? Fui a la migración, ahí tenía todos mis documentos. Me despidió de mi abogado y salgo caminando de la migración, solito, para tomar un taxi. Venía una moto con un hombre y una muchacha, con casco, ¿cierto? Ellos me llamaron. Y yo como un idiota me fui adonde ellos. La conversación empieza así: él me dice, mira, somos ladrones. Yo no entendí esa palabra porque no la conocía. Entonces pregunté, ¿qué es eso? Y él con una rabia, saca la pistola y bla-bla-bla. Yo me asusto. Y él me dice, mira amigo, estábamos viéndote, somos un grupo acá en Belén, nos tienes que decir la verdad, qué haces acá, bla-bla-bla. Pero él no tenía todo el tiempo la pistola, solo la saca para asustarme y ya. Él me ha dicho, dame los documentos. Vio la tarjeta Bancolombia y me dijo, dame tu celular, y él estaba viendo que tengo el App de Bancolombia; pon el clave, para ver cuánta plata tengo. Los dos fueron muy groseros y también muy estúpidos porque no podían leer ni nada. Él me ha dicho, dale el clave, yo hice el clave, y él vio que casi no tenía plata en esta tarjeta. Él tuvo más rabia. Estaba viendo todo mi billetera. Vio otra tarjeta, la de la empresa, entonces dijo, dame la clave de esa tarjeta, dime cuánta plata tienes ahí. Yo tenía que decir la verdad, no podía hacer un póker con él. Me dijo, cuando no me dices la verdad te vamos a tirar un balazo en tu cabeza. Yo no quería ningún riesgo, yo dice la verdad. Él fue a un supermercado, eso fue muy loco, compré una Coca-Cola y me dijo, espera acá cinco minutos, y se fue con la muchacha. Obviamente yo no esperé, fui a otro lugar, corriendo. Y dije, llama a la policía, pero tuvimos que llamar tres veces hasta que me atendieron y llegaron treinta minutos más tarde, fue horrible. Llamé para cerrar mi cuenta de Bancolombia, pero fue tarde, él ya había robado un millón seiscientos mil pesos.

Lo que me da mucha rabia es que la policía llegara treinta minutos tarde, vinieron y me preguntan un minuto algo y ya, y yo pregunto, ok, ¿cómo puedo llegar a casa?, porque no tenía nada, sin mi billetera, sin plata, y ellos dijeron, ah, no sabemos. Una persona que estaba en ese restaurante me dijo, mira, yo te voy a manejar a la casa. La policía no hizo nada, fue súper raro. Fui al búnker de filidad, ¿cómo se llama eso? Para decir las cosas, me tocó esperar casi siete horas y ellos me dijeron, mira, hay muchos extranjeros que han sido robados, porque hay muchos ladrones en Medellín, hay casi trescientos robos diarios. Les pregunté si podíamos encontrarlo y me dijeron que era casi imposible. Yo creo ellos tienen mucho trabajo y no pueden hacer esas cosas.

Lo único que ellos no robaron fue el pasaporte. Se llevaron el celular, la billetera, mis documentos y un millón seiscientos mil. Fue la primera vez que me robaron en mi vida. Y cuando eso sucede en mi país, va a pasar a un escenario grande y acá, lo más triste, no pasa nada. Tal vez ya en ese tiempo el tipo hizo diez robos más y no pasó nada. Por eso todavía este país es corrupto, y falta mucho para ser un país más seguro. El país a mí me gusta mucho, la gente es muy amable, bla-bla-bla, pero todavía falta mucho. También pude ser que el ladrón fue un amigo de policía, no sé, quién sabe. En mi país ellos vienen, te manejan a la casa, o primero van a un hospital a ver si tienes algo en la cabeza, o a un sicólogo, y acá no pasa nada. Es que tuvimos que llamar tres veces a la policía y después ellos vinieron y me preguntaron qué pasó, qué ropas tenían, y ya. La verdad fue que una broma. Ahora yo estoy bien, me siento tranquilo, pero sé que la cosa es no dar la papaya. ☹

Comida saludable para gente sintiente
 CLASES DE YOGA,
 REIKI Y MEDITACIÓN

Carrera 64C # 48-188
 Suramericana 5 local 101

Restaurante
EL ARBOL DE LA VIDA
 Comida Natural

Teléfono: 2302522



MEDELLIN CITY

LA BARBER CO Men's Grooming
 Cuts & Shop

EST. 2013

C. C. OVIEDO
 LOCAL 9955
 (57+4)3669710 • (300)8765408
 ZONA DE LOS GUADUALES
 ENLABARBERCO



AULA Resto - Bar / Café

MENÚ DIARIO, ALMUERZOS
 EMPRESARIALES, CELEBRACIONES,
 CINEFORO, CATAS DE VINO
 Y CERVEZA

Calle 52 #64A-29
 Carlos E. Restrepo

Lunes a sábado
 de 12:00 p.m. a 11:30 p.m.
 Domingos
 de 1:00 p.m. a 10:00 p.m.

Teléfono: 230 85 43



PARRILLA **Otrabanda** al Carbón
 DESDE 2012

Deliciosa parrilla al Carbón

Cortes Finos y Gruesos, Choripanes,
 Hamburguesas, Parrillada,
 Cervezas Artesanales y... ¡MUCHO MAS!

Servicio de Parrilla
 Lunes a Jueves hasta las 9pm,
 Viernes y Sábados hasta las 10pm
 los Domingos cerramos a las 5pm

el último sábado del mes no te pierdas
EL ESPECIAL DEL CHEF

Cra 64A # 52A-31 / Urb. Carlos E. Restrepo / Tel.: 230 50 55
 @otrabandaparrilla otrabandaparrilla



CIUDAD CAFÉ
 el lugar del caminante

desde 1999

Abrimos nuestras puertas por primera vez el 2 de septiembre de 1999, desde entonces no hemos parado. Un lugar sencillo y con alma... ubicado frente al parque-bulevar de Carlos E. Restrepo.

MARTES A SÁBADO: 3PM A 12M
 DOMIGOS Y LUNES: 4PM A 10PM
 CARRERA 64B # 51-94
 INSTAGRAM:
 CIUDADCAFEMEDELLIN

Teléfono: 2600210 • Fb: @ciudadcafemed



Frutti jhon

Servicio a domicilio 230 40 56

CALLE 53 # 64A-51 PARQUE PRINCIPAL CARLOS E. RESTREPO



TE ESPERAMOS
 DESDE EL MES DE AGOSTO
 Con nuestros deliciosos
Almuerzos
 DE LUNES A SÁBADO

BRASILIA
 PIZZERIA - RESTAURANTE
 Desde 1976

Carlos E. Restrepo / Teléfono: 230 49 39
 /pizzeriabrasilia



En Carlos E Restrepo

Restaurante
Flores y Sabores
 Comida Gourmet de Origen

Comida gourmet de origen
 Calle 53 # 64A-43
Reservas: 2601685



Piensa hacia donde diriges tu estrategia.

Construimos Sitios Web para móviles y Apps...

Cohete.net



¡TÚ PUEDES AYUDARNOS A FINANCIAR ESTA BELLA HISTORIA!

Ingresa a:
WWW.SARACORTOMETRAJE.COM
 y enterate de como puedes apoyarnos
 ¡Te esperamos!

Espiral Creativos @creativoespiral @creativeospiral



Al caído, caerle



Horacio Gil Ochoa, fotógrafo antioqueño, dedicó cuarenta años de su vida a andar detrás de ciclistas. Retrató la Vuelta a Colombia, circuitos urbanos en varias ciudades del país e, incluso, algunos eventos deportivos en Europa.

Entre rutas y casualidades, en 1969, Gil Ochoa capturó la naturaleza más trágica del ciclismo: un accidente. Durante un circuito dominical por el barrio Laureles en Medellín, un niño salió entre los curiosos que observaban y terminó chocándose de frente con el corredor Jairo González. El descuido del infante propició no solo *La Caída*, como se titula esta foto que se conserva en el Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto, sino la pérdida de dos dientes del ciclista, que en la imagen se ven volar cerca del mentón. El fotógrafo cuenta, entre preocupación y orgullo, que se alegró del incidente, no porque le gustaran los ciclistas caídos —aclara con firmeza—, sino porque supo que sería una buena foto. El éxito de la imagen fue tal que al otro día alcanzó primera plana en los periódicos locales, y luego llegaría a exposiciones deportivas en otros lugares del país y del mundo. Años después el niño de la imagen se encontró con Horacio Gil y le contó su lado de la historia: en vez de ir a misa, como lo había mandado su mamá, se dejó llevar por la bulla de los espectadores emocionados por los ciclistas. Luego del accidente, y al verse mugroso y ensangrentado, le dijo a su madre que camino a la iglesia se había caído en una alcantarilla. Pero la pela vino al otro día, cuando todos lo vieron en primera plana.

Bien dicen por ahí que primero cae un mentiroso que un cojo.

Una criatura extraña

por GISELA POSADA

La poesía por esos días andaba en la cabeza. La habíamos encontrado como la respuesta a todo. Al afán desmedido y loco de la gente, a sus ansias de dinero, a la inutilidad y a ese llamado molesto de “ser alguien”. Por fin algo como el nadaísmo había aparecido y nos llegó por vía directa a la sangre. El entusiasmo creció al saber que en el restaurante Versalles de Medellín encontraríamos sentado, en su silla de ruedas, al poeta. Todo mundo y, en especial, los guetos literarios hablaban de él.

Quienes podían acercarse y sostener una conversación con él lo consideraban toda una proeza. Cuando lo vi por primera vez, con ojos jóvenes y uniforme de colegiala, no podía creer, ni siquiera sospechaba que los poetas existieran, que eran de carne y hueso. Había alguien que no se dedicaba a ser zapatero, comerciante, mafioso, maestro, abogado, conductor o jefe; había alguien que había decidido ser y vivir como poeta. ¿De qué vive un poeta? Pues de la poesía, ese lucro cesante que no tiene más interés que el propio, que no tiene más validez que el tamiz de sí mismo y solo alcanza el nivel de la buena poesía cuando se instala con voz propia en el desorden de las palabras.

Darío Lemos tenía un aspecto complejo, un aire de hombre por fuera de las taxonomías. Verlo era darse cuenta de que al frente había una criatura extraña, de ojos ahuecados y profundos, voz áspera, cuerpo delgado, y sus piernas vestidas con pantalón de señor serio, sin zapatos y en medias. De dientes descuidados y la nariz larga. Ante él las palabras eran inútiles. Intentar un diálogo, imposible. Con él la contemplación y el silencio eran una regla tácita. Alguna vez le escuché decir, “encontrémonos para que calleemos”.

En medio de las osadías escolares, un día que no tenía dónde dormir resolví llevarlo para mi casa en Manrique: la casa de mis padres donde vivíamos siete personas. Lo cubrí con una cobija naranjada para el ingreso en su silla de ruedas por el corredor, como si estuviera entrando un electrodoméstico de segunda, y lo escondí en la última pieza, ubicada al lado del patio de ropas, lejos del corredor principal y de la circulación de los habitantes de la casa. Entre una hermana mía y yo le dimos lecho y comida, y hasta lo entrevistamos cantándole canciones de la nueva trova cubana. Estuvo allí por tres días hasta que mi mamá se dio cuenta y arremetió con su escándalo. Tuvimos que decirle que se trataba de un acto de caridad para ver si así

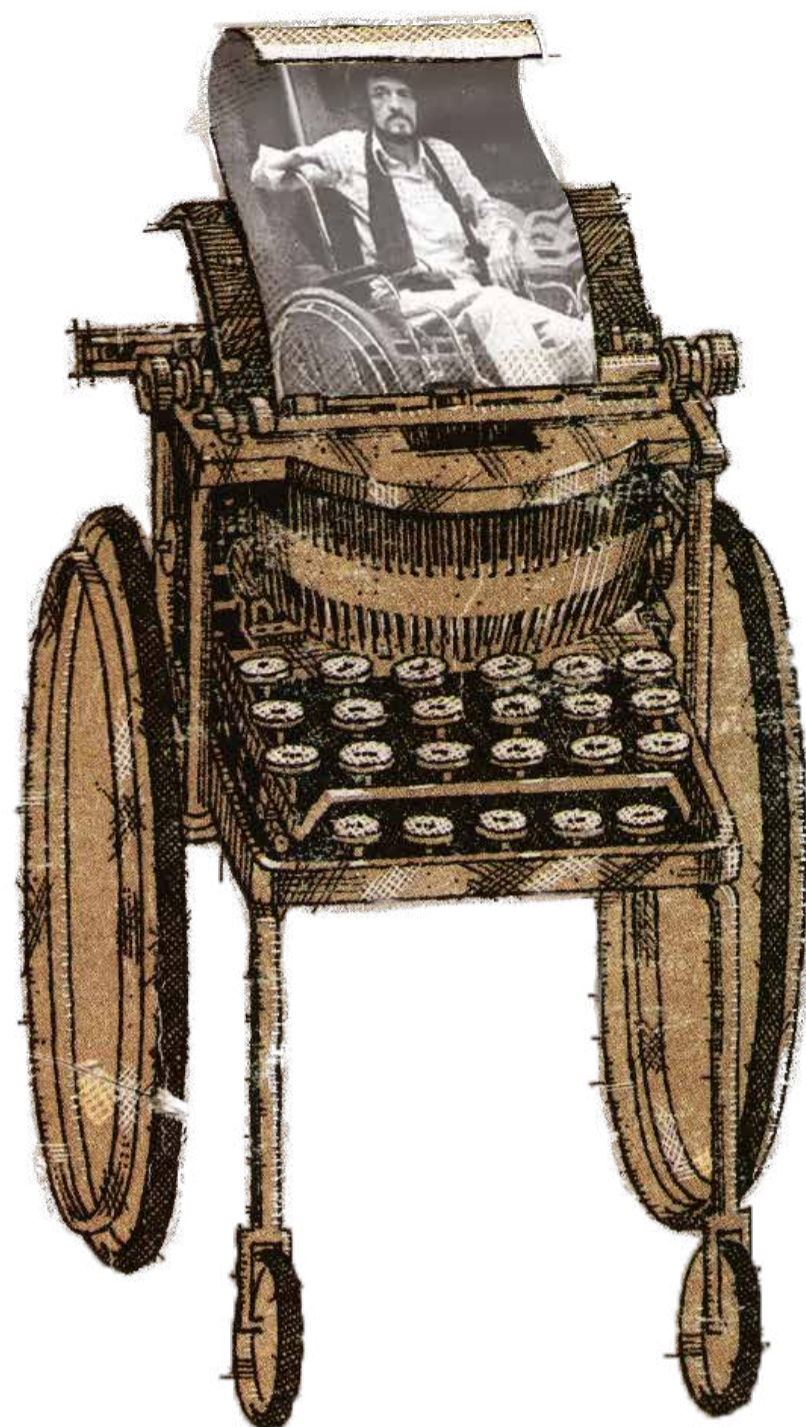
lográbamos algo de compasión, pero el rumor de que Darío tenía tuberculosis pudo más que la fe. Hubo que salir con él de nuevo a la calle, sin techo ni refugio en la noche inminente.

Santa Elena fue su última morada. Una casita de bareque antigua y misteriosa que mi hermana Sarah había alquilado, y en la que estuvimos algunos jóvenes custodiando sus últimos días. En el cuarto exterior se quedó Darío, quieto y mudo como era de rigor. Su cuerpo reposaba en una cama pequeña sin barandas al lado de la pared, a mano conservaba un fogón y una olla con agua en la que hacía papas cocidas y huevos. Esa era su sencilla dieta de convaleciente. Ah, y la marihuana, que según él era una legumbre. Le mantenía ocupadas las manos y armaba los cigarrillos ágilmente con papel de Biblia y hasta higiénico. Era su infaltable homeopatía.

Una tarde, una visita llegó con un mercado como para tres meses: cuchillas de afeitarse, pilas, aceite, arequipe, un mercado sin hambre que habían traído Carlos Mario Aguirre y Cristina Toro para el amado poeta. Eran los tiempos de los primeros vuelos del Águila Descalza. Ese día lo vi sonreír, asombrado de tanta generosidad, pero el hambre de Darío era espiritual y no física.

“Llegar a cero, ceremoniosamente” es una de las frases finales de alguno de sus poemas y quizá obedeció el designio, sostuvo durante su vida una forma de ser poeta y por ello puede decirse que fue uno de los auténticos nadaístas. Vivir a la contraria, no trabajar, como poeta vivía muy ocupado. Sus gestos develaban cierto cansancio y una enorme decepción del mundo agitado y ciego. Sus poemas llenos de enanos, de niños minados en guerra bajo la pirotecnia de la cohertería y de papagayos bebiendo maracuyá caliente; su contundencia al decir que su obra era su vida y que lo demás eran papelitos, siguen siendo el recuerdo revelador de una vida única.

Algo en él se agitaba más allá de la turbulencia y de ese desdén, Darío murió la noche del 15 de abril de 1987, solitario en Santa Elena, con dos jóvenes que lo acompañaron y lo vieron morir. “La muerte tiene un ritmo y no logro cogerle el tiro a esto... no hay nada... no hay nada, pobres güevones, no saben lo que les espera”, decía en su agnía, como si se hubiera enfrentado a la muerte, a esa nada de ojos abiertos. Un viento se lo llevó como a los poemas que no pudo detener y que se le escaparon de las manos. Pocos viven bajo el mandato de ser solo eso, poeta, y Darío fue eso, rara avis. ©



Rey del infierno

Yo no salgo a la calle cuando hay luz.
Quiero solamente mi luminosidad.

Aquí.
Como las tortugas duermo.
Soy mi templo.
Me elevo como un globo.
Tengo un gusano propio y el cabello que no quiere peinar.
Estos son los muros donde se pudren mis ojos,
se agrietan las costillas,
reboto como un balón
y voy perdiendo la vida,
desviviendo,
flagelándome.

Pero soy el dueño de mi infierno,
el rey de mi reino.
Aunque todas esas culebras suben a lamer la úlcera,
la gangrena también es solo mía.

En estas murallas se cae mi piel
todas las flores me colorean.
y son negras.



Yo soy Darío Lemos
Gustavo Zuluaga
Editora Nuevo Mundo
2017

El recluso perpetuo

Como si me hubiera fugado
sin cumplir la condena del vientre de mi madre.
He pasado la mitad de mi vida recluido,
he conocido cárceles menores.
Pacios de leprocomios,
ciudadelas de Dios,
esas casas de locos de solo corredores
por donde se pierde la conciencia más lúcida.

Evoco:
Tildado del epiléptico
por los tics de mi prosa,
tenía que regresar a la celda 360 para comprender,
bajo un verano de acero y algodones nubecitas,
que la vida no es ningún caballito pony,
y yo de jinete no tengo una espuela.

Antes existía solo el cuerpo de psiquiatras y enfermeras
[blancas,

en agosto para mí,
en septiembre para puma,
en agosto para ella y en marzo nuevamente la insulina.

Y las pequeñas avionetas,
salidas reparadas de los eternos hangares,
de nuevo a la ciudad donde la sangre es lux y la mujer es
[hombre,

He terminado con la carne traspasándola a mi hijo,
quedando solo huesos,
quedando solo flor.

Estuve muchos años esperando que Boris patinara
equilibrando en la cáscara del cielo,
pero cuando los pies son rojos, por más sabios
permanecen ligados a la tierra.
¿Cuándo terminará de parir ese cachorro?

Bastará que mis párpados drogados de dromedario y droga
alarguen un poco mis testículos de mica reventada
bajando a los tobillos.
Bastara un solo juez para toda la vida,
repetir el ritual de los hongos.

Yo soy Darío Lemos

Yo soy de nombre y apellido Darío Lemos. Todo el mundo cree que dice una gran verdad cuando declara que existe. Yo digo para contrariar la verdad que yo no existo. Mido 1,76 en verano y 1,78 en invierno. Soy la dimensión de las estaciones. A veces, cuando no tengo que pensar, mido por kilómetros la angustia y la inutilidad de vivir.

Visto simplemente, sin exageraciones, con un formidable desdén por la moda. Tengo chaqueta de aviador que nunca estubo en la guerra.

Vivo de la poesía, o mejor, la poesía vive de mí. Nunca tengo dinero, ni me interesa. Tengo en cambio abundantes amigos que pagan por mí en tributo a mi genio y a la amistad que les concedo por minutos, pues nadie es digno de mi compañía.

Las mujeres se derriten de deseos bajo este sol tropical, porque yo cobro las miradas y lo besos a precios muy altos y generalmente en dólares.

¿Qué más puedo decir de un poeta excepcional como yo?

Bailo rock and roll cuando la marihuana relaja mis músculos... De noche, cuando la ciudad duerme, me provoca asaltar a los ciudadanos, abofetearlos y gritarles que van a morir que desocupen la soledad, esos dominios de la poesía en los que me paseo como un emperador.

En síntesis, soy un poeta sin antecedentes, y no dejaré sucesores. Conmigo nace y muere la poesía. No diré otras cosas porque no duermo esta noche.

¡Ah, se me olvidaba decir que no amo a nadie, y que nada me interesa!

1960



LA CONSENTIDA ES LA HUIDA

29 de julio - 1 de octubre, 2017

Un grupo de mujeres del entorno del Museo de Antioquia, algunas de ellas en ejercicio de la prostitución, seleccionaron una obra de nuestra colección para ser La Consentida. Este fue el resultado.

¿Quiere saber qué historias de vida se reflejan en ella? La respuesta en una nueva exposición en la Sala Cundinamarca del Museo de Antioquia.

La Huida. 1956

Rafael Sáenz [1910/1998]
Pintura [óleo/tela]. 243 x 163,5 cm.
Colección Museo de Antioquia



EMBUTIDO ARTESANAL



itaca

GASTRONOMIA PERSONALIZADA
Carrera 42 # 54-60

John Jaramillo no estaba perdido, trastió su parranda a la nueva esquina del Centro en Caracas con Córdoba.



Boston Bar Café
Cra 42 con Cile 54 • Atendido por su propietario

lenteja express
Hamburguesería vegetariana.

CUANTAS VECES TE ALIMENTAS BIEN?

Presenta este cupón para un descuento en nuestro nuevo punto de venta en Envigado.

10% OFF

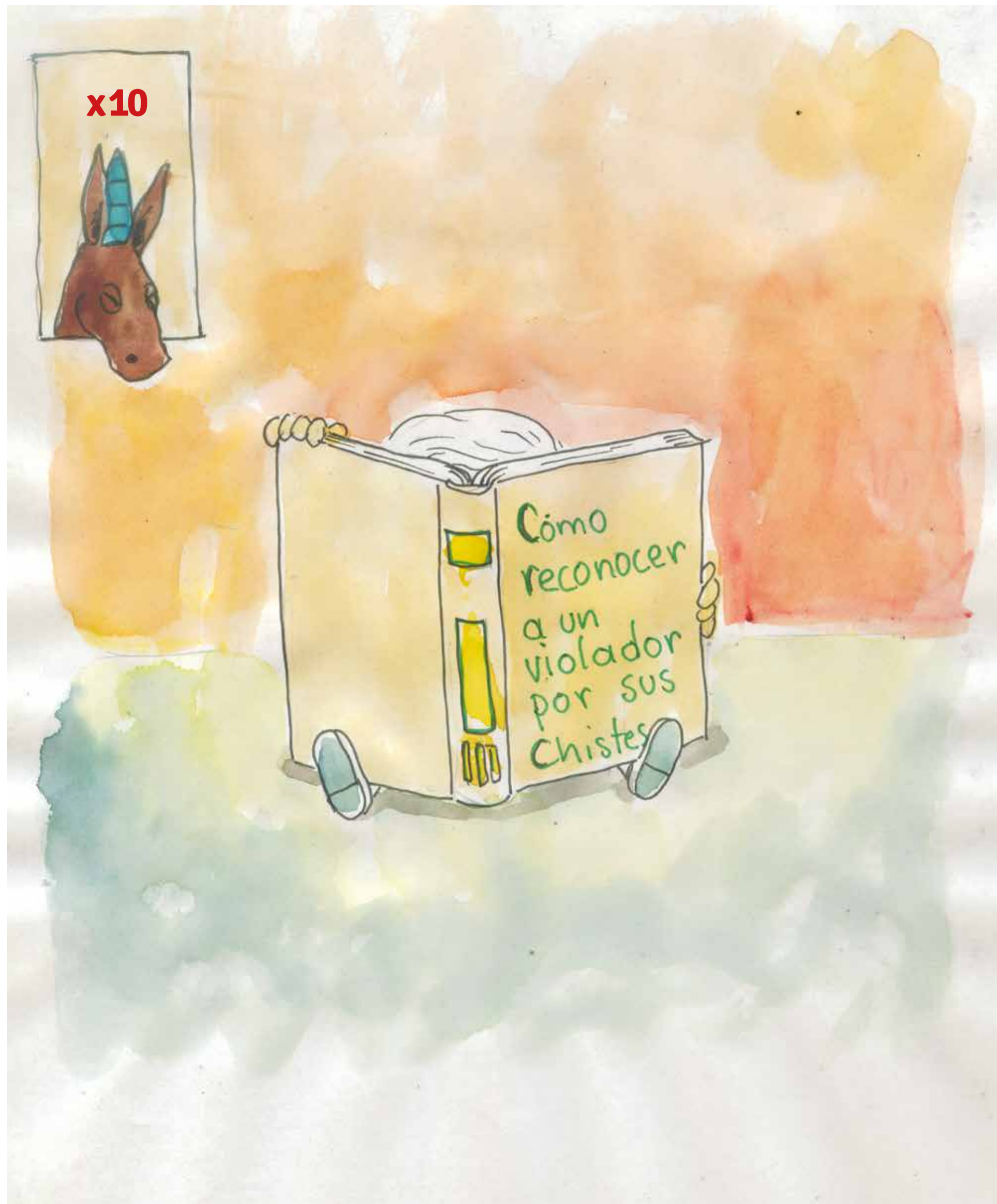
Domicilios
Envigado 596-8890

www.lentejaexpress.com.co

310-8454059

síguenos





DEL 12 AL 20 DE AGOSTO		FESTIVAL INTERNACIONAL DE ARTES ERÓTICAS	
<p>JUE 3</p> <p>• 'Haciendo el humor' con Matador. Artista: Julio César González 'Matador'</p> <p>Hora: 10:00 am a 7:00 pm del 3 al 19 de Agosto Lugar: Alianza Francesa Sede Centro Cra. 49 # 44 - 94 Info: (4) 4442620 Ext 101 - 317 867 7604</p> <p>ENTRADA LIBRE</p>		<p>SÁB 12</p> <p>• Cocktail de Inauguración:</p> <p>Hora: 8:30pm Info: 317 867 7604 Lugar: Sala Sentidos Cra 80 # 49 - 64</p> <p>CUPOS LIMITADOS</p>	
<p>LUN 14</p> <p>• Taller: "Cuerpos en Vibración" Por: Miguel Angel Bedoya.</p> <p>Hora: 4:00pm a 7:00pm Lugar: Sala Sentidos Cra 80 # 49 - 64 Reservas: 317 867 7604</p> <p>COSTO: \$40.000 por persona.</p> <p>• Conferencia: El Espíritu Erótico del MaReA. Un proyecto pionero en América. Por: Fernando Guinard.</p> <p>Hora: 8:00 pm Lugar: Sala Sentidos Cra 80 # 49 - 64 Info: 317 867 7604</p> <p>ENTRADA LIBRE</p>		<p>MAR 15</p> <p>• Conversatorio: Saliendo de la mazmorra: Aproximación a la historia reciente del BDSM en Colombia. Por: Claudia Cardenas (Ama Claudia)</p> <p>Hora: 4:00 pm Lugar: Alianza Francesa Sede Centro Cra. 49 #44 - 94 Info: (4) 4442620 - 317 867 760.</p> <p>ENTRADA LIBRE</p> <p>• Conferencia: La sexualidad y el cuerpo como herramienta de lucha política y social. Por: Jose Miguel Sanchez.</p> <p>Hora: 5:00 pm Lugar: Alianza Francesa Sede Centro Cra. 49 #44 - 94 Info: (4) 4442620 - 317 867 760.</p> <p>ENTRADA LIBRE</p>	
<p>JUE 17</p> <p>• Conferencia: El Lugar del Deseo. Por: Angela Chaverra Brand.</p> <p>Hora: 4:30 pm Lugar: Colombo Americano Sede Centro Cra. 45 #53 - 24 Info: 317 867 7604/ (4) 2040404</p> <p>ENTRADA LIBRE</p> <p>• Conferencia: El erotismo, un engaño mental. Por: Andres Sierra Siegert.</p> <p>Hora: 6:15 pm Lugar: Colombo Americano Sede Centro Cra. 45 #53 - 24 Info: 317 867 7604/(4) 2040404</p> <p>ENTRADA LIBRE</p> <p>• Show Burlesque Erótico con PETITE BURLESQUE</p> <p>Hora: 8:30 pm Lugar: Sala Sentidos Cra 80 # 49 - 64 Info: 317 867 7604.</p> <p>ENTRADAS: \$25.000 Estudiante \$30.000 General.</p> <p>ENTRADA LIBRE</p>		<p>VIE 18</p> <p>• Conferencia: Sexualidad Meditativa y Sagrada. Sinopsis: Un espacio donde podrás replantear tus ideales de la sexualidad, expandir tu placer y consciencia, canalizar energía en pro del logro de tus metas y explorar tu ser utilizando la sexualidad como camino. Por: Diana Nuñez</p> <p>Hora: 4:00 pm Lugar: Sala Sentidos Cra 80 # 49 - 64 Info: 317 867 7604</p> <p>ENTRADA LIBRE</p> <p>• Micra Teatro Erótico: Sexo Dentado (Bogotá) Grupo de teatro: Panicomedia.</p> <p>Funciones: 8:30 pm/ 9:00 pm/ 9:30 pm Lugar: Sala Sentidos Cra 80 # 49 - 64 Info: 317 867 7604</p> <p>ENTRADAS: 25.000 General.</p> <p>ENTRADA LIBRE</p>	
<p>SÁB 13</p> <p>• Mercadillo Erótico: Hora: 1:00 pm a 1:00 am Lugar: La Licuadora Calle 44 #69-72 Frente al D1 Info: 317 867 7604</p> <p>ENTRADA LIBRE</p> <p>• Conferencia: 'Los tacones en la historia del arte erótico' Por: Oscar David Tamayo</p> <p>Hora: 3:00 pm Lugar: La Licuadora Calle 44 #69-72 Frente al D1 Info: 317 867 7604</p> <p>ENTRADA LIBRE</p> <p>• Performance: Deborar</p> <p>Hora: 7:00pm Lugar: La Licuadora Calle 44 #69-72 Info: 317 867 7604</p> <p>ENTRADA LIBRE</p>		<p>MIÉ 16</p> <p>• Conferencia: El porno como educador sexual. Por: Alejandra Omaña (Amarantahank)</p> <p>Hora: 4:00 pm Lugar: Sala Sentidos Cra 80 # 49 - 64 Info: 317 867 7604.</p> <p>ENTRADA LIBRE</p> <p>• Conferencia: Placer- Dolor. Por: Camilo Goez (Gozo Vital).</p> <p>Hora: 7:00 pm Lugar: Sala Sentidos Cra 80 # 49 - 64 Info: 317 867 7604.</p> <p>ENTRADA LIBRE</p> <p>• La Niez: Ni es Stand Up, Ni Es monologo. Invitada especial: PAMELA OSPINA</p> <p>Hora: 8:30 pm Lugar: Sala Sentidos Cra 80 # 49 - 64 Info: 317 867 7604.</p> <p>ENTRADA: \$20.000</p>	
<p>JUE 19</p> <p>• Conferencia: Pornografía Ética. Por: Amarna Miller (Madrid, 1990) psiconauta profesional, alma libre y ciudadana del mundo. Mientras desordena aún más su entropía existencial, trabaja como actriz y directora porno. Su vida consiste en viajar alrededor del mundo mientras escribe artículos y graba para diferentes productoras. Tiene un canal de Youtube en el que habla de ecología y vive en una furgoneta.</p> <p>Hora: 3:00 pm Lugar: Teatro Lido 20 Av. Ecuador #54 Info: 317 867 7604</p> <p>ENTRADA LIBRE</p> <p>• Conversatorio: Sexualidad, erotismo y paz: Una mirada profunda de en la vida de Vera Grabe. Participan: Vera Grabe con Cristian Valencia, Andrea Echverry Rios y Miguel Angel Bedoya.</p> <p>Hora: 1:00 pm Lugar: Teatro Lido 20, Av. Ecuador #54 Info: 317 867 7604</p> <p>ENTRADA LIBRE</p>		<p>SÁB 20</p> <p>• Cierre de Festival: Bondage Picnic con Gozo Vital. Luego de una semana llena de conocimiento, con invitados espectaculares y dignos de admirar, cerramos con un Bondage Picnic.</p> <p>Hora: 2:00 pm a 7:00pm Lugar: Ciudad del Río Info: 317 867 7604</p> <p>ENTRADA LIBRE</p>	

9º Maratón de Cortometrajes

19 de agosto 2017

www.pantalonescortos.co

Organiza

Apoya

PATROCINA:

APOYA:

ORGANIZA:

LA VIDA



PLANETARIO DE MEDELLÍN

SOCIAL DEL SISTEMA SOLAR



NACIMIENTOS, SEPARACIONES, JUNTANZAS, CHOQUES, ADOPCIONES, HIJOS DESCONOCIDOS Y MÁS

HOY CRISIS DE IDENTIDAD:
¿SER PLANETA O SER LUNA?



Muy lejos del Sol vive **Plutón**, el **planeta enano** más famoso



Plutón tiene **cinco lunas**



Una de ellas, **Caronte**, es casi de su mismo tamaño



Se rumora entre los astrónomos que **no se sabe** si Caronte es **luna o planeta**



Algunos hablan de **planeta binario** o **planeta doble**



Comentan que **Caronte** no gira alrededor de **Plutón**. Y que **los dos bailan** en torno a un **centro común**.



La identidad ambigua también es tema para los astrónomos

Visita el Planetario y el Parque Explora

La ciencia nos ayuda a mirar, de otra manera.

www.planetariomedellin.org

